

ALFONSO REYES

Pasado inmediato

Edición y notas
Adolfo Castañón

EL COLEGIO DE MÉXICO

Pasado inmediato

ALFONSO REYES

Pasado inmediato

Edición y notas
Adolfo Castañón



EL COLEGIO DE MÉXICO

M864.4
R457pas

Reyes, Alfonso, 1889-1959

Pasado inmediato / Alfonso Reyes ; estudio preliminar,
edición y notas, Adolfo Castañón. -- 1a ed. -- México, D.F. : El
Colegio de México, 2011.

95 p. ; 23 cm.

“Edición no venal para obsequiar a los amigos de El Colegio
de México”.

ISBN 978-607-462-183-9

1. Universidad Nacional Autónoma de México -- Historia --
Siglo XX. I. Castañón, Adolfo, 1952- t. I

DDC-22

**Edición no venal para obsequiar a los amigos
de la Universidad Nacional Autónoma de México**

Primera edición, 2011

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-183-9

Impreso en México

ÍNDICE

Página preliminar	9
El problema	13
La etapa	15
Pax	17
La inteligencia y la historia	21
Grandeza y decadencia de la Escuela Preparatoria	25
La escuela de los tribunos	41
Aislamiento	47
La generación del Centenario	51
La primera campaña	69
La nueva Universidad	77
La segunda campaña	83

Allá por el año 1940, quienes habían sido compañeros de Alfonso Reyes en el Congreso Nacional de Estudiantes de septiembre de 1910 le solicitaron que escribiera un texto sobre aquella reunión estudiantil. Reyes, quien había asistido a dicho congreso en calidad de representante de la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León, escribió un texto, titulado *Pasado inmediato*, que pronto se convirtió en uno de sus escritos más representativos. En él Reyes retrató a su generación estudiantil, llamada generación “de 1910” o generación “del Centenario”, y escribió páginas admirables sobre la Escuela Nacional Preparatoria, Gabino Barreda, Justo Sierra y la creación de la Universidad Nacional.

Hoy, para celebrar el centenario de la fundación de la Universidad Nacional, que tuvo lugar en septiembre de 1910, El Colegio de México hace esta edición especial del célebre *Pasado inmediato*, escrito por su fundador y primer presidente, Alfonso Reyes, enriquecida con una esmerada y cuidadosa anotación de Adolfo Castañón, útil tanto para el neófito como para el lector avezado.

El tiempo que corre desde la realización del Primer Congreso Nacional de Estudiantes en 1910 en la ciudad de México hasta el año de 1920 en que Venustiano Carranza restablece el orden constitucional, se consolidan las actividades de la Universidad Nacional y se publican las revistas *Nosotros* (1912-1914) (espacio editorial donde se cruzan las generaciones de *Savia Moderna*, la *Revista Moderna* y el Ateneo de la Juventud), *Pegaso* (1917) (dirigida por Enrique González Martínez, Ramón López Velarde y Efrén Rebolledo) y *La Nave* (editada por Pablo Martínez del Río), es un mirador privilegiado de la época: las tensiones y fuerzas que se contraponen y contrastan en ese periodo son significativas del proceso de transformación del régimen porfirista que iba dejando atrás la hora de las espadas para ceder el paso a la hora de los libros y las reglas de cálculo.

La Escuela Nacional Preparatoria fundada por Benito Juárez y Gabino Barreda se había ido orientando en los últimos años del siglo XIX y los inicios del siglo XX hacia una visión no sólo cabalmente positivista sino ultrapragmática. Como se sabe, el gabinete del presidente Porfirio Díaz abrió sus puertas a la activa participación del grupo llamado de “Los científicos” para instrumentar sus audaces planes de gobierno y de modernización. La voz del pueblo empezó a identificar a los funcionarios dedicados a la política con

los “científicos” y con los positivistas y fue surgiendo entre los estudiantes y jóvenes maestros de entonces una cierta reticencia o distancia hacia el discurso instrumental de la educación inspirada supuestamente en el positivismo y tan ayuna de valores humanísticos como poco atenta a la historia regional y, en fin, divorciada de las bellas artes y de las letras.¹

Tal es el dinámico escenario que aborda el ensayo “Pasado inmediato” publicado por Alfonso Reyes en 1941² y que ocupa en su obra un lugar axial. Se trata de un ensayo autobiográfico e historiográfico cuyas primeras semillas se remontan al año de 1910 y luego al de 11 de septiembre de 1929, cuando dicta la conferencia titulada “Un tiempo de la literatura mexicana: pasado inmediato”, como hace constar en su *Diario*. De otro lado, se desprende de la bitácora que lleva Alfonso Reyes en los días previos a la publicación, desde agosto a octubre de 1939 hasta marzo de 1940, hasta qué punto le importaba la publicación de este texto donde se funden historia personal e historia colectiva.

Era natural. Alfonso Reyes sabía que los años que repasa ese “Pasado inmediato” no sólo serían de la mayor significación personal para él mismo y para sus amigos pensadores, escritores y artistas, sino que lo eran también para el país y para el proceso de construcción administrativa, política y académica de la educación nacional. El ponderado y a la par crítico talante que

¹ Sobre este paisaje cultural y político véase la obra de Javier Garciadiego, *Rudos vs. científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 1996.

² Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1941, 194 pp. e índice.

encierran algunas páginas de este “Pasado inmediato” se explica por la reacción contra el antiintelectualismo ambiente que había desatado las actitudes de algunos “científicos” de segundo orden que hacían gala de desinterés hacia las manifestaciones del arte y de la cultura. Al escribir las páginas de “Pasado inmediato” Alfonso Reyes busca entregar, además de un testimonio limpiamente personal, un documento de referencia y de memoria colectiva capaz de resumir y recapitular en un solo espacio textual la multitud de sentimientos, impresiones, afectos y sensibilidades que convergieron en aquellos años llamados a ser en lo educativo y en lo cultural como un augurio para la nueva época que se inicia con la Revolución Mexicana.

No sobra decir que el autor de *Cuestiones estéticas* y miembros del Ateneo de la Juventud “se encontraban en posición delicada como hijo del general Bernardo Reyes”³ y que desde esa posición escribe este texto que es un modelo de historiografía y ponderación autobiográfica.

El ensayo “Pasado inmediato” se escribe, en cierto modo, como un homenaje a la fundación de la Universidad Nacional y como un saludo fraterno y de buen augurio a los compañeros de su generación —la del Ateneo de la Juventud y la Sociedad de Conferencias— que serían los responsables de dar voz, rostro y cuerpo a la educación y la cultura en México.

³ William D. Raat, *El positivismo durante el Porfiriato (1876-1910)*, versión castellana de Andrés Lira, Secretaría de Educación Pública, México, 1975 (Col. “SepSetentas”, 228), p. 165.

Al volver a editar el ensayo “Pasado inmediato”, El Colegio de México —institución hermana de la Universidad Nacional Autónoma de México— quiere rendir tributo en este momento al escritor Alfonso Reyes y a la generación que lo protagonizó y así busca refrescar la memoria de sus orígenes y de su sentido.

ADOLFO CASTAÑÓN

EL PROBLEMA¹

La historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada. Las nuevas generaciones se desenvuelven en pugna contra ella y tienden, por economía mental, a compendiarla en un solo emblema para de una vez liquidarla. ¡El pasado inmediato! ¿Hay nada más impopular? Es, en cierto modo, el enemigo. La diferencia específica es siempre adversaria acérrima del género próximo. Procede de él, luego lo que anhela es arrancársele. Cierta dosis de ingratitud es la ley de todo progreso, de todo proceso. Cierta error o convención óptica es inevitable en la perspectiva. La perspectiva es una interpretación finalista. Se da por supuesto que el primer plano es el término ideal a que venían aspirando, del horizonte acá, todos los planos sucesivos. Las líneas, se supone, caminan todas hacia un fin. El fin somos nosotros, nuestro privativo punto de vista. “Perspectiva” le ha llamado un joven escritor a su reseña de las

¹ *Pasado inmediato* en *Obras Completas*, XII, México, Fondo de Cultura Económica (1ª ed. 1960) 2ª reimp. 1997 (Col. “Letras Mexicanas”), pp. 182-216. Éste es uno de los textos más trabajados por Alfonso Reyes. Consta en su *Diario* que el 11 de septiembre de 1929, en Buenos Aires, ofreció una conferencia en la Casa del Pueblo con el título “Un tiempo de la literatura mexicana: pasado inmediato”, eso significa que la edición de este texto publicado en 1941 —cuando Reyes tenía 52 años— por El Colegio de México se remonta por lo menos a más de una década. Varios años después de publicado “Pasado inmediato” Alfonso Reyes seguiría rumiando aquellos “Recuerdos preparatorianos”, título con que publicaría póstumamente unas páginas sobre el mismo tema (*Revista de la Universidad de México*, septiembre, 1963). [N. de AC.]

letras de México. Sumando varias perspectivas, varios sistemas de referencia; reduciendo unos a otros; teniendo en cuenta la relatividad de todos ellos, y su interdependencia para un ojo omnipresente que acertara a mirar el cuadro desde todos los ángulos a la vez, nos acercaremos al milagro de la comprensión.

El pasado inmediato, tiempo el más modesto del verbo. Los exagerados —los años los desengañarán— le llaman a veces “el pasado absoluto”. Tampoco hay para qué exaltarlo como un “pretérito perfecto”. Ojalá, entre todos, logremos presentarlo algún día como un “pasado definido”.²

² En “La dignificación de la historia mexicana” Alfonso Reyes expresa lo siguiente: “El positivismo abstracto pretendió ser una filosofía universal, a la cual la contribución mexicana es muy modesta. Pero el positivismo, como interpretación política de la historia y con sus consecuencias prácticas sobre la acción social, adquiere, al incorporarse en la realidad mexicana, una fisonomía propia, inconfundible, que por un lado complementa la historia de las vicisitudes de una filosofía determinada, y por otro lado da orientaciones para el mejor entendimiento de nuestra historia política. El positivismo está vinculado a nuestras luchas entre liberales y conservadores, a los ideales de la independencia, a los conflictos entre jacobinos, clericales y caudillos guerreros, a los intentos de la educación pública, a la organización de la burguesía mexicana tras el triunfo de Juárez, al desarrollo de la Era Porfiriana, al éxito y fracaso del llamado grupo de los Científicos.

A varios lustros de distancia, los hombres de mi generación, que, en vista de nuevos ideales de cultura, iniciamos la campaña contra el positivismo mexicano ya decadente, ya inadaptable como respuesta a la circunstancia histórica, saludamos la obra serena y objetiva de Leopoldo Zea [*El positivismo en México*, 1943] con el íntimo regocijo que causa siempre el descubrir la continuidad en las tareas del espíritu. Seguramente que, al aparecer la segunda parte de esta obra, y cuando Zea llegue a nuestros tiempos, vamos a encontrarnos rectificadas en algunos puntos de vista. No nos duelen prendas. La vida de la inteligencia es un camino de rectificaciones incesantes, en que se revela la fertilidad de nuestra especie ante una problemática siempre en movimiento. Lo que importa es la continuidad del empeño. El empeño, en el caso, se reduce a la inserción del pensamiento en la vida. Así es como el hombre y la historia adquieren su cabal dignidad humana. Sólo el baño de la conciencia nos distingue del bruto”. (“La dignificación de la historia mexicana”, en *OC*. IX, pp. 278-279). [N. de AC.]

LA ETAPA

El año de 1910, en que se realiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes,¹ nos aparece poseído por un sentimiento singular. Los símbolos de la cronología quieren cobrar vida objetiva. La vaga sensación de la etapa se insinúa en los corazones y en las mentes para volverse realidad. El país, al cumplir un siglo de autonomía, se esfuerza por llegar a algunas conclusiones, por provocar un saldo y pasar, si es posible, a un nuevo capítulo de su historia. Por todas partes se siente la germinación de este afán. Cada diferente grupo social —y así los estudiantes desde sus bancos del aula— lo expresa en su lenguaje propio y reclama participación en el fenómeno. Se trata de dar un sentido al tiempo, un valor al signo de la centuria; de probarnos a nosotros mismos que algo nuevo tiene que acontecer, que se ha completado una mayoría de edad. En otros tiempos, se echaba a temblar la ignorancia a la aparición de un cometa (¡aquel cometa fatídico que ya tomó parte, a modo de presagio, o a modo de influencia telúrica, en la conquista de México!). Ahora se derrama por nuestra sociedad una extraña

¹ La idea surgió a principios de 1910 gracias a Alfonso Cabrera, nativo de Puebla y estudiante avanzado de Medicina, muy activo en política y hermano de Luis Cabrera, ya entonces conocido como prometedor abogado y joven ideólogo del movimiento reyista, sobre todo por sus agudas críticas contra el grupo “Científico” (Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, pp. 49-50). [N. de AC.]

palpitación de presentimiento. Se celebra el Primer Centenario,² y cunden los primeros latidos de la Revolución.

El antiguo régimen —o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

² La conmemoración del Centenario de la proclamación de la Independencia incluyó, entre sus muchas actividades, espectáculos patrióticos, diversiones populares, conferencias y demostraciones militares, además de la publicación de la *Antología del Centenario*. [N. de AC.]

Estos gobiernos de longevidad tan característicos del siglo —Victoria,¹ Francisco José,² Nicolás³— no sé qué virtud dormitiva traían consigo. Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne. Los Científicos,⁴ dueños de la Escuela, habían derivado hacia la filosofía de Spencer,⁵ como otros positivistas, en otras tierras, derivaron hacia John Stuart Mill.⁶ A pesar de ser spencerianos, nuestros directores

¹ Reina del Reino Unido y emperatriz de la India, nació en Londres y murió en la isla de Wight (1819-1901), hija de Eduardo, duque de Kent y de Luisa Victoria, princesa de Sajonia-Coburgo. Subió al trono en 1837, a la muerte de su tío Guillermo IV, y se casó con su primo hermano el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo. El largo reinado de esta soberana fue sumamente próspero para su país. Victoria se atuvo estrictamente al régimen constitucional y siempre se hizo eco de los dictados de la opinión pública. [N. de AC.]

² Emperador de Austria-Hungría. Hermano de Maximiliano de Habsburgo. [N. de AC.]

³ Nicolás II Romanof (1868-1918): último Zar de Rusia. Gobernó bajo la influencia de su mujer y de allegados indignos. [N. de AC.]

⁴ Así se les llamaba a los funcionarios de gabinetes tardíos de Porfirio Díaz, como José Yves Limantour, por tener todos ellos una postura ideológica y filosófica positivista. [N. de AC.]

⁵ Herbert Spencer (1820-1903): filósofo inglés. Uno de los herederos intelectuales de Auguste Comte, escribió diferentes obras en donde plasmó su concepción sociológica organicista de la sociedad, como los *Principios de sociología*. [N. de AC.]

⁶ John Stuart Mill (1806-1873): filósofo y economista inglés. Fue seguidor

positivistas tenían miedo de la evolución, de la transformación. La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no pasible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la *PAX AUGUSTA*.⁷ Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, “Don Porfirio”, de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuía al padre de los dioses. Don Porfirio, que era, para la generación adulta de entonces, una norma del pensamiento sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, su transfiguración mitológica.

¡Ah, pero la historia, la irreversibilidad de las cosas siempre en marcha, con su gruñido de Nilo en creciente que no sufre márgenes ni orillas! Trabajo costó a los muchachos de entonces el admitir otra vez —cuando la vida nacional dio un salto de resorte oprimido— que la tela histórica está tramada con los hilos de cada día; que los héroes nacionales —sólo entrevistados en las estampas alegóricas, a caballo y saltando por entre la orla simbólica de laureles— podían ser nada menos que éste o aquel

del positivismo comtiano. Entre sus varias obras destacan: *El gobierno representativo*, *Utilitarismo*, *Sobre la libertad*, *Principios de economía política*. [N. de AC.]

⁷ La expresión *Pax Augusta* alude al próspero y pacífico gobierno de César Augusto, primer emperador romano que se dice que encontró a Roma edificada en adobe y la dejó construida en mármol. [N. de AC.]

humilde vecino conocido de todos, el Panchito de quien nadie hacía caso; o el ranchero ignorante y pletórico de razón aunque ayuno de razones que, como el Pero Mudo del *Poema del Cid*,⁸ se enredaba cuando quería hablar y sólo sabía explicarse con la espada; y hasta el salteador a lo Roque Guinart,⁹ el bandido generoso a quien una injusticia echó fuera del orden jurídico, y un hondo sentimiento ha enderezado por caminos paralelos a los que recorría Don Quijote.

¿La paz? También envejecía la paz. Los caballeros de la paz ya no las tenían todas consigo. Bulnes,¹⁰ un contemporáneo de la crisis, exclama un día: “La paz reina en las calles y en las plazas, pero no en las conciencias”.¹¹ Una cuarteadura invisible,

⁸ Pero Bermúdez, abanderado de El Cid y además su sobrino, según el poema; que aparece dos veces en el *Cantar*. “Pero Mudo” —juego de palabras— se llama él a sí mismo en la escena en que reta al Infante Fernán González (III, 143). [N. de AC.]

⁹ El bandido Roque Guinart que Alfonso Reyes compara con Francisco Villa aparece en la Segunda Parte del *Quijote* en el capítulo LX. Está inspirado en un personaje histórico: Perot Roca Guinonda (o Roca Guinanda), célebre bandolero catalán que, cuando se publica el *Quijote*, ya había sido indultado por el rey (30 de julio de 1611), a condición de salir desterrado diez años. De ahí que no es muy probable que el Quijote lo haya podido encontrar en su viaje a Barcelona en 1604, como apunta Francisco Rico en su edición de *Don Quijote de la Mancha* (3ª ed. revisada, Barcelona, Instituto Cervantes, Crítica, 1999, p. 1119). [N. de AC.]

¹⁰ Francisco Bulnes (1847-1924), político, orador y periodista mexicano, profesor de la Escuela Nacional de Ingenieros. Diputado federal y senador en el gobierno de Porfirio Díaz, fue miembro de diversas comisiones sobre cuestiones mineras, bancarias, monetarias y de hacienda pública. Numerosas obras suyas provocaron polémica y refutaciones como *El verdadero Juárez* (1904). [N. de AC.]

¹¹ Citamos aquí las palabras exactas de Francisco Bulnes: “*La paz está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos públicos, en los cuarteles, en las escuelas, en la diplomacia; pero no existe ya en las conciencias. (Sensación en el público.)*” No existe la tranquilidad inefable de hace algunos

un leve rendijo por donde se coló de repente el aire de afuera, y aquella capitosa cámara, incapaz de la oxigenación, estalló como bomba.

años” (Francisco Bulnes, “Discurso para justificar la sexta reelección del general Díaz” [1903]. *Páginas escogidas*, prólogo y selección de Martín Quirarte, México, UNAM, 1995, “Biblioteca del Estudiante Universitario”, p. 133). [N. de AC.]

LA INTELIGENCIA Y LA HISTORIA

Este sacudimiento, este desperezo, viene naturalmente envuelto en una atmósfera de motivos espirituales. Los hechos bélicos, políticos y económicos han sido narrados ya con varia fortuna, y esperan la criba de la posteridad. Importa recoger también los hechos de cultura que, si no fueron determinantes, fueron por lo menos concomitantes. Porque es cierto que la Revolución Mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas, y definiendo sus metas cada vez más precisas. No fue preparada por enciclopedistas o filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de su doctrina, como la Revolución Francesa. No fue organizada por los dialécticos de la guerra social, como la Revolución Rusa, en torno a las mesas de “La Rotonde”,¹ ese café de París que era encrucijada de las naciones. Ni siquiera había sido esbozada con la lucidez de nues-

¹ Café de La Rotonde, famosa cafetería en el barrio de Montparnasse en París, fundado en 1910 por Victor Libion, fue uno de los lugares de reunión para artistas y escritores como Pablo Picasso, Diego Rivera y Foujita, entre otros. [N. de AC.]

tra Reforma liberal, ni, como aquélla, traía su código defendido por una cohorte de plumas y de espadas. No: imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos. Su gran empeño inmediato, derrocar a Porfirio Díaz, que parecía a los comienzos todo su propósito, sólo fue su breve prefacio. Aun las escaramuzas del Norte tuvieron más bien el valor de hechos demostrativos. Después, sus luchas de caudillos la enturbian, y la humareda de las disidencias personales tiene que disiparse un poco para que su trayectoria pueda reanudarse. Nació casi ciega como los niños y, como los niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan solo la padece, mientras llega el día en que la ilumine. Pero presentar sólo algunos de sus aspectos parciales es mutilar la realidad. Consiste la dignidad de la historia en llegar al paralelismo de las ideas con los hechos, rigiendo aquí para los pueblos la misma sentencia de oro que a los individuos propone la *Epístola moral*.² “Iguala con la vida el pensamiento”.³ Cuando la Revolución va a nacer ¿qué sucede

² Uno de los textos “de cabecera” del Alfonso Reyes joven fue la *Epístola moral* (a Fabio). Alfonso Reyes siempre creyó que el autor era un anónimo sevillano. El erudito Dámaso Alonso, en su libro *Dos españoles del Siglo de Oro* (1960), atribuye la *Epístola moral*, escrita poco antes de 1613, al poeta Andrés Fernández de Andrada. Véase: “Epístola moral a Fabio”, en *Poesía lírica del Siglo de Oro*, edición de Elías L. Rivers, México, REI (Cátedra), 1984, pp. 293-299. [N. de AC.]

³ Transcribimos a continuación la estrofa completa de la *Epístola moral*, atribuida al poeta español Andrés Fernández de Andrada (siglo xvii), de donde Alfonso Reyes extrae este verso: “Iguala con la vida el pensamiento, / y no le pasarás de hoy a mañana, / ni aun quizá de un momento a otro momento”. Alfonso Reyes sabe que los hechos históricos son complejos e ineludibles, que la historia de la cultura no está fuera ni es ajena a la historia sin más, y que para comprender la una es preciso tener en cuenta la otra que va imbricada en ella, como el presente texto expone. [N. de AC.]

en la inteligencia, en la educación y en la cultura, en las masas universitarias, en el mundo de nuestras letras? Para trazar algún día este cuadro conviene recoger desde ahora algunos documentos. El Congreso Nacional de Estudiantes fue una de tantas pruebas del tiempo, sin duda de las más elocuentes, por cuanto revela que la inquietud invadía ya hasta los gérmenes de nuestro ser cultural. Su crónica particular queda confiada a quienes participaron más íntimamente en sus trabajos.

Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario,⁴ una preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación

⁴ Con esta expresión muchos autores califican también al heterogéneo grupo de artistas e intelectuales llamado Ateneo de la Juventud y después Ateneo de México, cuyo antecedente fue la Sociedad de Conferencias. A este respecto Alfonso Reyes se expresa así: “Aquella generación de jóvenes se educaba —como en Plutarco— entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México, el año del Centenario, fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó, y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, se ha salvado como ha podido; y ahora los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde el mismo México— renuevan las aventuras de Eneas, salvando en el seno a los dioses de la patria.

¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un enorme busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor mental; y cuando —a las tres de la mañana— Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega entre el general escándalo— ‘apenas comienza a ponerse interesante’”. (“Dedicatoria”, en *OC.* III, p. 302.) [N. de AC.]

del Modernismo,⁵ que —ésa sí— soñó todavía en la torre de marfil. Este rasgo, al mismo tiempo, la relaciona con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar por su cuenta aquellos extremos que les parecían de urgente consideración.

Comencemos por decir algo sobre el ambiente estudiantil. Si no definirse, que sería intrincado, y ni siquiera describirse, que sería fatigoso, aquel ambiente puede recordarse con dos ejemplos escogidos. Uno, la Escuela Nacional Preparatoria,⁶ que tenía más o menos su parangón por los Estados, sirve de común denominador en la base de todas las carreras liberales y es la única que abarca la doctrina educacional de la época; otro, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, es la punta aguda que se orientaba preferentemente a la vida pública. De la primera hay que tratar “in extenso”; de la segunda sólo hay que mostrar una saliente, acaso una saliente viciosa.⁷

⁵ Modernismo: la palabra fue acuñada por Rubén Darío, su fundador, tuvo como exponentes, entre otros, a Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y Amado Nervo. Para el crítico español Federico de Onís el modernismo es: “La forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había manifestado en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico, cuyo proceso continúa hoy” (*Diccionario de Literatura Española*, Madrid, 4ª ed. 1972).

⁶ Fundada y dirigida en sus inicios (de 1867, año de su creación, a 1878) por Gabino Barreda, quien elaboró los planes de estudio basándose fundamentalmente en la corriente del positivismo comtiano, que él mismo introdujo a México. [N. de AC.]

⁷ La Escuela Nacional de Jurisprudencia era el semillero de los futuros burócratas, escribas y políticos, y representaba, como más adelante lo expresará Alfonso Reyes en este mismo texto, un seguro trampolín para el ascenso social. El conocimiento del derecho solía ser soslayado ahí por el manejo de la elocuencia. Uno de los profesores y oradores más representativos de aquella Escuela fue el jurista mexicano Jacinto Pallares (1843-1904), cuyo nombre lleva, aún el día de hoy, el auditorio principal de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. [N. de AC.]

GRANDEZA Y DECADENCIA
DE LA ESCUELA PREPARATORIA

La Escuela Nacional Preparatoria tiene su grandeza y su decadencia. Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, tierna todavía la República, resentida de su nerviosa infancia, han madurado ya los dos grandes partidos: el liberal, que se inclina hacia una nueva concepción del Estado, en que se mezclan la filosofía de los Derechos del Hombre con el presidencialismo y el federalismo americanos, y el conservador, a quien el apego a las normas hereditarias y el anhelo de conservar el cuadro ya creado de intereses arrastra hasta el despeñadero de una aberración antinacional. Adelanta la invasión francesa sus manos rojas, y llega con sus manos lavadas aquel heredero sobrante de las Casas de Europa. Bajo la marejada imperial, la República queda reducida a las proporciones de la carroza en que emigraba Benito Juárez. Pero, revertida la onda, triunfa para siempre la República. El país había quedado en ruinas, era menester rehacerlo todo. Las medidas políticas ofrecían alivios inmediatos. Sólo la cultura, sólo la Escuela, pueden vincular alivios a larga duración. Benito Juárez procura la reorganización de la enseñanza pública, con criterio laico y liberal, y confía la ardua tarea al filósofo mexicano Gabino Barreda.¹

¹ Gabino Barreda (1818-1881): en París siguió los cursos de filosofía positivista impartidos por Auguste Comte en el Palais Royal. En México se graduó de

Discípulo de Augusto Comte,² imbuido de positivismo francés, fuerte en su concepción matemática del universo —de un universo saneado de toda niebla metafísica y de toda preocupación sobre el más allá—, congruente y limitado, contento con los datos de los sentidos, seguro —como todos los de su sistema— de haber matado al dragón de las inquietudes espirituales, acorazado y contundente, Barreda, el maestro de la enseñanza laica, congregó a los hombres de ciencia y creó, como prototipo de su vivero para ciudadanos, la Escuela Nacional Preparatoria, “alma mater” de tantas generaciones, que dio una fisonomía nueva al país; puesta después de la enseñanza primaria y antes de la profesional o especial, semejante en parte al bachillerato francés, y con un programa enciclopédico que recorría, peldaño a peldaño, la escala comtiana, desde la matemática abstracta y pura hasta las complejas lucubraciones sociales.

A través de incontables vicisitudes, la Escuela Preparatoria se ha venido manteniendo hasta nuestros días, aceptando a regañadientes los vaivenes del tiempo, y al fin sometida a una verdadera locura de transformaciones³ que algún día se equilibrarán para bien de todos. No tenía por destino el conducir a la carrera y a

médico. Fue fundador, primer director y autor de los planes de estudio de la positivista Escuela Nacional Preparatoria, abierta en 1868. [N. de AC.]

² Auguste Comte (1798-1847): se le considera el creador del positivismo y de la disciplina de la sociología. Dentro de sus obras principales se cuentan *Discours sur l'esprit positif* (1844) y *Sistema de política positiva*, 4 vols. (1851-1854). [N. de AC.]

³ Se refiere al continuo cambio de plan de estudios que se dio en la Escuela Nacional Preparatoria en esos años. Pasando de una enseñanza pseudopositivista a la imitación más ramplona del modelo pragmático del High Scholl norteamericano. [N. de AC.]

los títulos, aunque fuera puente indispensable para los estudios de abogados, ingenieros y médicos; sino el preparar ciudadanos —de ahí su nombre; gente apta para servir a la sociedad en los órdenes no profesionales. Sustituía a las humanidades eclesiásticas; llegaba a punto para incorporar en la educación las conquistas del liberalismo político. La Revolución no ha logrado todavía hacer otro tanto en la medida en que lo logró Gabino Barreda para la revolución de su tiempo. “Alma mater” siempre y a pesar de todo loada, por su disciplina despojada y sobria y por sus firmes enseñamientos, parecía convertir así el lema de la antigua Academia: “No salga de aquí quien antes no sepa geometría”.⁴

Lo que Barreda quería —explica Justo Sierra⁵—

era abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más angustiosas que las del Océano, o a los que volvieran desarbolados y maltrechos de las trágicas aventuras de la

⁴ *Alma mater* ha de traducirse como “madre nutricia”. El lema “Nadie entre aquí sin saber geometría” figuraba en el frontispicio de la Academia fundada por Platón en la que se estudiaba la construcción matemática-astronómica del cosmos. Su plan de estudios se encuentra consignado en el libro VII de *La República*. Teeteto y Eudoxo fueron sus primeros maestros. [N. de AC.]

⁵ Justo Sierra Méndez (Campeche, 1848-Madrid, 1912). Se recibió de abogado en 1871, fue varias veces diputado al Congreso de la Unión y magistrado de la Suprema Corte de Justicia. De 1905 a 1911 fue titular de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública y Bellas Artes, cargo que dejó al ser nombrado Ministro Plenipotenciario en España. [N. de AC.]

ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas.⁶

La ciencia organizada metódicamente —nos decía también Justo Sierra— “ha puesto la razón y el buen sentido en el fondo de nuestro ser hispanolatino, medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo”.⁷ Tierra firme tras el terremoto general, reducto invulnerable en el trastorno de la conciencia pública, cuartel de verdad y coherencia entre los campos de matanza de todas las pedagogías manidas: que se diga si alguna vez se ha creado otra institución más sabia y más adecuada para las necesidades a que respondía.

El alumno de la Preparatoria, al colgar la toga pretextá, desembocaba en la vida adulta capaz de escoger su vocación, dentro o fuera de las carreras profesionales; educado ya en el compendio y dueño de un microcosmos que, en pequeño, refle-

⁶ Palabras pronunciadas por Justo Sierra en el “Homenaje al maestro don Gabino Barreda”, que se llevó a cabo en el Teatro Arbeu la noche del 22 de marzo de 1908. Véase Justo Sierra, “Panegírico de Barreda”, V, *Discursos, Obras completas*, edición preparada por Manuel Mestre Ghigliazza, revisada y ordenada por Agustín Yáñez, México, UNAM, 1991, p. 394. [N. de AC.]

⁷ Citamos las palabras exactas de Justo Sierra, al referirse a la enseñanza de Gabino Barreda: “La simiente arrojada al surco germinó, creció, y hoy puebla el campo intelectual de la República. ¿En qué ha disminuido la mentalidad o la moralidad mexicana con las cosechas nuevas? Al contrario; sólo los ciegos subjetivos no ven qué cantidad de lastre, en contacto íntimo con la ciencia organizada metódicamente, ha puesto como suprema compensación de razón y buen sentido, en el fondo de nuestro ser hispanolatino medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo” (Justo Sierra, “Panegírico de Barreda”, *op. cit.*, p. 393). Cabe recordar que, al igual que los otros discursos pronunciados durante la serie de homenajes a Barreda en 1908, el de Sierra estuvo dirigido contra los ataques de los conservadores a la Escuela Nacional Preparatoria. [N. de AC.]

jaba el mundo; apto para anotar día por día, en su cuadrante, la hora que marcara la ciencia, y para escoger por sí mismo aquella colección de los libros que, al decir de Carlyle,⁸ son la verdadera universidad de nuestros días. Para él los distintos rumbos del conocimiento —grave peligro de la sociedad contemporánea— no errarían ya sueltos del nexo que es la profesión general de hombre; no serían ya las ciencias y las artes como las hermanas enemigas del *Rey Lear*,⁹ sino como las milicias de Datis el medo,¹⁰ que avanzaban dándose la mano. Y el alumno de la Preparatoria entraba en las bregas del conocimiento y de la acción provisto del instrumental mínimo e indispensable, con la dotación completa de la mochila.

Pero todas las instituciones resbalan por su más fácil declive. La herencia de Barreda se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Suma del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la historia natural y cuanto Rickert¹¹ llamaría la ciencia cultural, y en fin las verdaderas humanidades. No hay nada más pobre que la historia

⁸ Thomas Carlyle (1795-1881), historiador, crítico social y ensayista británico; entre sus obras se cuentan *Historia de la Revolución Francesa* (1837) y *Cartas y discursos de Oliver Cromwell* (1845).

⁹ Las tres hijas del *Rey Lear* se llamaban Gonenille, Regane y Cordelia. Las dos primeras se molestarán con la última por su modestia y sencillez. [N. de AC.]

¹⁰ Datis fue uno de los generales más importantes del imperio aqueménida de los persas en el primer cuarto del siglo v a. C. La fuente principal es Herodoto de Halicarnaso. Se refiere a un despliegue en la batalla de Maratón, siglo v a. C. que perdieron los persas. [N. de AC.]

¹¹ El filósofo Heinrich Rickert (1863-1936): fue, junto con Windelband, uno de los grandes representantes de la escuela neokantiana de Baden. Se interesó principalmente en la fundamentación epistemológica de las ciencias a base de un examen filosófico crítico de su estructura y de sus relaciones mutuas. [N. de AC.]

natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella Escuela por los días del Centenario. No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata, o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. El curioso Sánchez, mucho más que a la verdadera Zoología, se daba a juntar anécdotas sobre el folklore indígena relativo a la fauna mexicana, anécdotas que, aunque divertidas en sí mismas —y es lástima que se hayan perdido— no pasaban de ser una prolongación del *Roman de Renart*¹² o las fábulas del coyote. Se oxidaba el instrumental científico. A nuestro anteojo ecuatorial le faltaban nada menos que el mecanismo de relojería y las lentes, de suerte que valía lo que vale un tubo de hojalata; y no valía más la Cosmografía —tremendo nombre— que por entonces nos enseñaban, bien caricaturizada en aquella travesura escolar que envuelve a los dos profesores de la asignatura:

Quiroga le dijo al “Chante”
que si era queso la luna,
y el “Chante” le respondió:
—Sí es queso, pero de tuna.
¿No ha quedado duda alguna?
¿Entendimos? ¡Adelante!

¹² Se trata de un conjunto de poemas franceses, en su mayoría anónimos, de los siglos XII y XIII, de índole cómico heroico, inspirados en las fábulas clásicas. [N. de AC.]

Aunque los laboratorios no seguían desarrollándose en grado suficiente, mejor libradas salían la Física y la Química —ésta bajo la buena doctrina de Almaraz—;¹³ pero tendían ya a convertirse en ciencias de encerado, sin la constante corroboración experimental que las mentes jóvenes necesitan, fuera de lo que nos mostraba en su casa Luis León, amable aficionado, o de los ensayos de sales en que aprendíamos nuestro poco de reactivo y soplete. Porfirio Parra,¹⁴ discípulo directo de Barreda, memoria respetable en muchos sentidos, ya no era más que un repetidor de su tratado de Lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma; y por nada quería enterarse de las novedades, ni dejarse convencer siquiera por la hamiltoniana “cuantificación del predicado”, atisbo de la futura Logística. El incomparable Justo Sierra, el mejor y mayor de todos, se había retirado ya de la cátedra para consagrarse a la dirección de la enseñanza. Lo acompañaba en esta labor don Ezequiel A. Chávez,¹⁵ a quien por aquellos días

¹³ Se refiere al ingeniero mexicano Ramón Almaraz que fue director de la Comisión Científica de Pachuca y que realizó diversos trabajos de estadística y topografía, planos y proyectos que fueron publicados en 1865 con el título *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca en el año de 1864, dirigida por el Ing. Ramón Almaraz*. Tuvo muchos discípulos y auxiliares, entre los que destacaron Antonio García Cubas y Manuel Villada. [N. de AC.]

¹⁴ Porfirio Parra (1856-1912): médico, pensador positivista, periodista y narrador. Fue discípulo de Gabino Barreda. Fundó *El positivismo*. Fue autor de *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*, y de una novela, *Pacotillas* (1900), entre otras obras. [N. de AC.]

¹⁵ Ezequiel A. Chávez (1868-1946): fue simpatizante de los miembros del Ateneo de la Juventud y promotor del desarrollo de las humanidades tanto en la Escuela Nacional Preparatoria como en la Escuela Nacional de Altos Estudios. Autor de tres discursos sobre la Universidad Nacional (1924), así como de *Notas sobre la instrucción pública en México de 1874 a 1921* (1923), entre otros títulos. [N. de AC.]

no tuve la suerte de encontrar en el aula de Psicología, que antes y después ha honrado con su ciencia y su consagración ejemplar. Miguel Schultz,¹⁶ geógrafo generoso, comenzaba a pagar tributo a los años, aunque aún conservaba su amenidad. Ya la tierra reclamaba los huesos de Rafael Ángel de la Peña¹⁷ —paladín del relativo “que” — sobre cuya tumba pronto recitaría Manuel José Othón¹⁸ aquellos tercetos ardientes que son nuestros *Funerales del Gramático*. El Latín y el Griego, por exigencias del programa, desaparecían entre un cubileteo de raíces elementales, en las cátedras de Díaz de León¹⁹ y de aquel cordialísimo Francisco Rivas²⁰ —de su verdadero nombre, Manuel Puigcerver— especie de rabino florido cuya sala era, porque así lo deseaba él mismo, el recinto

¹⁶ Miguel E. Schultz (1851-1922): geógrafo; autor de *Apuntes para el curso de geografía en la Escuela Nacional Preparatoria*, publicados por Epifanio D. Orozco en 1892. También escribió un *Curso general de geografía* (Herrero, 1905). [N. de AC.]

¹⁷ Rafael Ángel de la Peña (1837-1906): erudito y lingüista, autor, entre otras obras, de *Gramática teórica y práctica de la lengua castellana*. Othón le dedicó una elegía a su muerte. [N. de AC.]

¹⁸ Manuel José Othón (1858-1906): sobre este poeta, véase el ensayo de Alfonso Reyes “Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón”, en *Obras completas*, t. I, pp, 175-192. [N. de AC.]

¹⁹ Francisco Díaz de León, junto con Justo Sierra, Porfirio Parra, José María Vigil, Guillermo Prieto, entre otros, fue miembro honorario de la Sociedad Literaria Cuauhtémoc, fundada el 5 de febrero de 1891, fecha en que se conmemora la promulgación de la Constitución de 1857. Dicha asociación constó de un órgano publicitario llamado *El Micrófono*, y después *El álbum de la juventud*. Véase Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, México, Imprenta Universitaria, 1957, p. 170. [N. de AC.]

²⁰ Francisco Rivas Puigcerver (1850-1934), nació en Campeche, Camp., hijo de criptojudíos. En 1889 empezó a publicar el periódico *El Sábado Secreto*, que estaba en contra de la filosofía positivista dominante en la época. Promovió la inmigración de judíos sefardíes del Imperio Turco. En 1905 encabezó la Congregación Emanuel y en 1912 formó parte de la beneficencia Monte Sinaí, creada por judíos residentes en México. [N. de AC.]

de todos los juegos y alegres ruidos de la muchachada. Cuando el severo Director José Terrés²¹ lo llamó al orden por su exceso de lenidad, bastó una breve y algo melancólica indicación de Rivas para que se oyera, en la clase, el vuelo de la mosca. Y el maestro Rivas, que llenaba el pizarrón con sus alfas y sus omegas en medio del mayor silencio, se volvió de pronto con las lágrimas en los ojos: “¡Estos no son mis muchachos! —exclamó— ¡Sigán alborotando como siempre, aunque a mí me echen de la Escuela”. En su encantadora decadencia, el viejo y amado maestro Sánchez Mármol²² —prosista que pasa la antorcha de Ignacio Ramírez a Justo Sierra— era la comprensión y la tolerancia mismas, pero no creía ya en la enseñanza y había alcanzado aquella cima de la última sabiduría cuyos secretos, como los de la mística, son incomunicables. La Literatura iba en descenso, porque la Retórica y la Poética, entendidas a la manera tradicional, no soportaban ya el aire de la vida, y porque no se concebía aún el aprendizaje histórico —otros hasta dicen “científico”— de las Literaturas, lo que vino a ser precisamente una de las campañas de los jóvenes del Centenario. Un día inventaron, para sustituir los cursos de

²¹ José Terrés (1864-1924): médico, político y académico. Fue profesor de la Universidad Popular Mexicana, fundada por el Ateneo de México en 1912. [N. de AC.]

²² Manuel Sánchez Mármol (1839-1912): periodista y novelista, fundó el periódico *La Guirnalda* y, con José Peón Contreras y Manuel Roque, el satírico, *La burla*. Cuando se restauró la república fundó el periódico *El Radical*. Autor de *Juanita Souza* (1892) y *Las letras patrias*, entre otras obras. Sobre este escritor y maestro porfiriano, Alfonso Reyes se ha expresado con afecto y agudeza restituyendo, con el perfil del personaje, el de la época en el texto: “Un ‘porfiriano’: El Maestro Sánchez Mármol”, *Simpatías y diferencias* en *OC*. IV, pp. 179-182. [N. de AC.]

Literatura, no sé qué casta de animal quimérico llamado “Lecturas comentadas de producciones literarias selectas”; y puedo asegurarnos que los encargados de semejantes tareas, por ilustres que fueran en su obra personal de escritores, no tenían la menor noticia de lo que pudiera ser un texto comentado: unas veces se entregaban a vaguedades sentimentales, y otras iban frescamente a acabar en clase el libro que, para su deleite propio, habían comenzado a leer en su casa. La excepción de Manuel Revilla²³ (perdonémosle que casi me expulsa de la clase porque me atreví a citar a Schopenhauer),²⁴ quien profesó en serio estos cursos elementales, deslizándose en ellos un adarme de preceptiva, fue demasiado rauda para dejar verdadera huella. Quien quisiera alcanzar algo de Humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela.²⁵

En tanto, por los insospechados rincones del antiguo Colegio de San Ildefonso, sorprendíamos a veces la figura fantasmal del

²³ Manuel G. Revilla (1863-1924): académico que desarrolló, junto con Joaquín García Icazbalceta, José López Portillo y Rojas y otros, una importante actividad lexicográfica en la Academia Mexicana correspondiente de la Española. [N. de AC.]

²⁴ Arthur Schopenhauer (1788-1860), filósofo alemán. Su trabajo más famoso *El mundo como voluntad y representación* es, desde el punto de vista literario, considerado como una obra maestra de la lengua alemana. [N. de AC.]

²⁵ A pesar de estas palabras severas, el joven Alfonso Reyes en 1907 no dejaba de percibir con una mirada entusiasta y acaso utópica la misma escuela que años después consideraría tan críticamente. A este respecto, véase la “Alocución en el Aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria”, en *Varia en OC.*, I, pp. 313-319. Alfonso Reyes perteneció a una generación de autodidactos. Algunos de ellos se reunían para leer y comentar sus lecturas en la “banca de los flojos”. Alfonso Reyes recuerda ese espacio a propósito del ingreso a la Academia de la Lengua de un compañero de esa época, el poeta José de Jesús Núñez y Domínguez: “Gente menos timorata y menos solemne... ¡de cuántas cosas no hemos hablado!” (“José de Jesús Núñez y Domínguez en la Academia”, en *OC.* VIII, p. 198). [N. de AC.]

gran matemático “Chicho” Prado, alejado de las labores docentes y que vivía allí por caridad del Gobierno; hombre enloquecido de logaritmos, a quien, del mucho velar y poco dormir, las diferenciales y las integrales le habían secado el cerebro, llevándole hasta una mansa enajenación; algo fugitivo y asustadizo, con su poco de agorafobia; pobre ratoncillo pitagórico que andaba royendo por los sótanos sus funciones, sus cosenos y sus raíces. No podíamos menos de preguntarnos si el continuo trato con tales abstracciones sería realmente lo más práctico para la preparación del ciudadano.

Y, sin embargo, no era todavía el derrumbe de la Escuela Preparatoria. Los ponderosos y vetustos muros parecían todavía rezumar la antigua grandeza. El derrumbe vino después; sobrevino singularmente con la exótica importación de eso que se llama High School, ¡tan por debajo de lo nuestro!²⁶

Los antiguos positivistas, ahora reunidos en colegio político bajo el nombre de “Los Científicos”, eran dueños de la enseñanza superior. Lo extraño es que estos consejeros de Banco, estos abogados de Empresas, no hayan discurrido siquiera el organizar una facultad de estudios económicos, una escuela de finanza. ¿Qué pudo faltarles para ello? Ni el poder, ni el conocimiento, ni los talentos, ni el interés para estas materias a las que consagraron

²⁶ La “High School” norteamericana, que comprende, más o menos, lo que sería la secundaria y la preparatoria, es decir, el bachillerato, fue introducida —de modo efímero— a nuestro país por el gobierno de Venustiano Carranza. Las ideas de Pedro Henríquez Ureña sobre la educación nunca fueron compatibles con el ideal de la “High School”. A este respecto, véase Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Ed., 1976, p. 60. [N. de AC.]

su vida. Acaso, siguiendo el error de régimen paternal, pensaron que los educandos eran demasiado jóvenes para cosas tan graves, propias de varones sesudos. Acaso, sin saberlo ellos mismos, los inspiraba un sentimiento de casta, como el que llevó a esconder sus secretos a los sacerdotes egipcios. Porque no hubieran bastado a suplir estas deficiencias ni las lecciones inteligentes y rápidas de Martínez Sobral,²⁷ ni las contadas lecciones del competentísimo Joaquín Casasús,²⁸ personalidad eminente de múltiples y elegantes actividades. Lo extraño es que aquellos creadores de grandes negocios nacionales (como en Europa lo eran los sansimonianos Pereira, o el Barón de Mauá en el Brasil) no se hayan esforzado por llenar materialmente el país de escuelas industriales y técnicas para el pueblo, ni tampoco de centros abundantes donde difundir la moderna agricultura. Nuestro pueblo estaba condenado a trabajar empíricamente y con los más atrasados procedimientos; a ser siempre discípulo, empleado o siervo del maestro, del patrón o del capataz extranjeros, que venían de afuera a ordenarle, sin enseñarle, lo que había que hacer en el país. No olvidamos, no, la antigua

²⁷ Manuel Martínez Sobral era profesor de la Facultad de Derecho en el periodo en que Alfonso Reyes era estudiante de leyes. A él se refiere en su artículo “Paradojas económicas”, reproducido en *Norte y Sur* en OC. IX, pp. 11-13. [N. de AC.]

²⁸ Joaquín Casasús: político del porfirismo y yerno de Ignacio Manuel Altamirano. Fue presidente del llamado Liceo Altamirano, fundado en 1890. El 20 de enero de 1905 —último año de existencia del Liceo— tuvo lugar una sesión en el restaurante Silvayn, a donde asistieron, entre otros, Joaquín Casasús, Victoriano Salado Álvarez, Ángel de Campo, Carlos Díaz Dufoo, Carlos Pereyra y el dueño del periódico porfirista *El Imparcial*, Rafael Reyes Spíndola, V, *Discursos*. [N. de AC.]

Escuela de Artes y Oficios²⁹ y la antigua Escuela de Agricultura.³⁰ Pero ¿pueden aquellos intentos aislados compararse con lo que se ha hecho después y con lo que pudo hacerse desde entonces? En suma, que no se cargaba el acento donde, según la misma profesión de fe de los Científicos, debió haberse cargado. Se prescindía de las Humanidades, y aún no se llegaba a la enseñanza técnica para el pueblo: ni estábamos en el Olimpo, ni estábamos en la tierra, sino colgados en la cesta, como el Sócrates de Aristófanes.³¹

Ayuna de Humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas. Solo algunos conservadores, desterrados de la enseñanza oficial, se comunicaban celosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana; y así, paradójicamente, estos vástagos de imperialistas que escondían entre sus reliquias familiares alguna librea de la efímera y suspirada Corte, hacían de pronto figura de depositarios y guardianes de los tesoros patrios.

Un síntoma, sólo en apariencia pequeño, de aquella descomposición de la cultura: se puso de moda, precisamente entre la clase

²⁹ Justo Sierra se refiere a esta Escuela en su discurso “Reformas legales a la educación superior”. Véase Justo Sierra, *op. cit.*, pp. 382-383. [N. de AC.]

³⁰ Justo Sierra esgrimirá argumentos para la mejoría de esta escuela y atacará a quienes optaban por suprimirla. Véase Justo Sierra, *op. cit.*, pp. 49, 60-61. [N. de AC.]

³¹ En su obra *Las Nubes*, estrenada en 423 a. C., Aristófanes, cuyo pensamiento tendía a ser conservador, retrata a Sócrates como un sofista que lo mismo enseña a defender el bien que el mal y que es en consecuencia un corruptor de la juventud. La de Aristófanes es la primera referencia histórica de Sócrates. [N. de AC.]

media para quien aquel sistema escolar fue concebido, el considerar que había un cisma entre lo teórico y lo práctico. La teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz. ¿Dónde quedaba entonces el estupendo precepto comtiano? En vano los vitrales de la Escuela Preparatoria dejaban ver al trasluz con grandes letras: “Saber para prever, prever para obrar”.³²

Antes de seguir adelante, un franco tributo a la memoria del gran Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. Nada de lo dicho va contra este magno organizador de la educación primaria. Dondequiera que intervino, hizo el bien. Ni podía estar en todas partes; ni era posible que a los centros universitarios llegara otra cosa que su correcta gestión administrativa; ni menos habría que exigirle el detener por sí solo los efectos de complejísimos acarreo

³² Alfonso Reyes sabe leer el reverso del lema que presidía, invisible pero acuñante, la enseñanza en aquella Escuela Nacional Preparatoria de linaje “científico”: “... ya en tiempos del positivismo nos encontramos con la célebre fórmula de Comte, escrita en la vidriera alegórica de nuestra Escuela Preparatoria: ‘Saber para prever, prever para obrar.’ O sea que ‘el sentido del saber es prever, y el sentido del prever es hacer posible la acción’. Se insiste aquí en que el éxito práctico es el criterio de la verdad, en lugar de insistirse, como antes, en que la verdad es la justificación teórica de las acciones. Y de esto al pragmatismo sólo hay un paso. Ortega y Gasset cita esta fórmula del físico Boltzmann: ‘No hay más razonamientos correctos que los que tienen resultados prácticos’; frase que acaso se justifique en el contexto donde aparece, pero que así, arrancada, es monstruosa” (“Cuaderno de lecturas”, en *OC*. VIII, p. 215). [N. de AC.]

sociales. Sabía que la Preparatoria reclutaba a la clase media, pero no podía absorber al pueblo; y por eso, para ir al pueblo, quiso completarla por abajo en las escuelas primarias, donde sembró el bien a manos llenas. De suerte que dio un paso más sobre Barreda: el que le tocaba dar en su tiempo. Finalmente, también completaría la obra por arriba, en la investigación superior, poniendo como corona a su nueva Universidad —con plena conciencia de que ya la Preparatoria y las Profesionales eran insuficientes— aquella Escuela de Altos Estudios³³ llamada precisamente a ser el baluarte de nuestras campañas juveniles: la Escuela contra la cual se agitaron —como es natural— la ignorancia de legisladores improvisados y

³³ La Ley Constitutiva de la Escuela Nacional de Altos Estudios —fundada por Justo Sierra— fue expedida el 7 de abril de 1910 por el presidente Porfirio Díaz. Dicha Escuela tuvo tres objetivos: 1) perfeccionar y especializar los estudios hechos en la Escuela Nacional Preparatoria, en la de Jurisprudencia, Medicina, de Ingenieros o de Bellas Artes; 2) la realización de investigaciones científicas por parte de alumnos y profesores con el objeto de enriquecer los conocimientos, y 3) la formación de profesores. Asimismo, la Escuela Nacional de Altos Estudios estuvo dividida en tres secciones: Humanidades, Ciencias exactas, físicas y naturales, y Ciencias sociales, políticas y jurídicas. Fue inaugurada el 18 de septiembre de 1910. En su “Discurso de inauguración de la Universidad Nacional de México” (pronunciado el 22 de septiembre de ese mismo año), Justo Sierra se refiere a la Escuela Nacional de Altos Estudios en estos términos: “allí la selección llega a su término; allí hay una división amplísima de enseñanzas; allí habrá una distribución cada vez más vasta de elementos de trabajo; allí convocaremos, a compás de nuestras posibilidades, a los príncipes de las ciencias y las letras humanas, porque deseamos que los que resulten mejor preparados por nuestro régimen de educación nacional, puedan escuchar las voces mejor prestigiadas en el mundo sabio, las que vienen de más alto, las que van más lejos, no sólo las que producen efímeras emociones, sino las que inician, las que alientan, las que revelan, las que crean” (Justo Sierra, *op. cit.*, p. 458). Dado que existen varias ediciones de este discurso, consignamos como el más autorizado, el título aparecido en las *Obras Completas* de Justo Sierra. Cabe señalar que la Escuela de Altos Estudios —en su sección de Humanidades— es el antecedente de la actual Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, fundada (con su actual nombre) en 1924. [N. de AC.]

el sectarismo de los menos que positivistas;³⁴ la Escuela que abrió al fin las puertas a las Letras y a la Filosofía, de la que procede la actual Facultad, cuyo solo nombre hubiera sido incomprensible en aquella edad venturosa. Por si su pluma no bastara para su gloria, es Justo Sierra, en la administración porfiriana, la inteligencia más noble y la voluntad más pura. A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo. En el Gabinete, era el Ministro de lujo de quien se hace caso hasta cierto punto porque —“cave canem”—³⁵ es poeta, y a quien el omnipotente Ministro de Hacienda³⁶ escatima todo lo que puede el dinero y la autoridad. Era el mejor: es casi el santo.

³⁴ Debe referirse a la actitud de aquellos profesores y aprendices que aparentando adherirse a la doctrina positivista eran en realidad funcionarios cívicos y pragmáticos. [N. de AC.]

³⁵ “Cuidado con el perro”. Aviso que los romanos ricos ponían en las fachadas de sus domicilios, cuando tenían perro. Existe un mosaico proveniente de Pompeya donde se inscribe este aviso junto con la imagen de un can. La expresión usada aquí alude a la desconfianza que Justo Sierra despertaba en otros miembros del gabinete porfirista, compuesto en buena medida por los partidarios del positivismo, es decir, por los “Científicos”. [N. de AC.]

³⁶ Se trata de José Yves Limantour Marquet (México, 1854-París, 1936): político mexicano miembro de la Junta de Desagüe y diputado al Congreso entre 1880-1890. En mayo de 1893 fue designado como Ministro de Hacienda y Crédito Público, puesto que ocupó hasta 1911. [N. de AC.]

LA ESCUELA DE LOS TRIBUNOS

A la Escuela Nacional de Jurisprudencia —el otro ejemplo que hemos escogido como recuerdo de la época— sólo habrá que referirse rápidamente para señalar algunos vicios. Sus problemas particulares no se reflejan sobre el ambiente del Centenario; y aun puede decirse que los estudiantes de 1910 aplican contra aquellos vicios un primer correctivo.

Aunque los maestros daban a entender que al país no le convenía la plétora de profesionales y que la patria esperaba ansiosa a las puertas de la Preparatoria, los jóvenes preferían las mayores preeminencias sociales. Al final de cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario. La opinión lo esperaba todo de los abogados. Pero ya cuando el Congreso Nacional de Estudiantes —y éste es otro de los sentidos que tuvo aquel Congreso—, los alumnos de todas las profesiones manifestaban por primera vez de un modo evidente que todos se sentían llamados a entenderse con los deberes públicos.

Había otras razones para que la carrera de las Leyes atrajera un contingente subido: las Leyes parecían una aproximación a

las Letras, que no tenían refugio académico.¹ El muchacho que acertaba a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte y también de buenos valedores, era fácil que, en alcanzando el título, no tuviera que ejercerlo realmente sino que, en méritos a su “facilidad de palabra” (fórmula de la época), Don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil. Aquel mundo, poco diferenciado, ofrecía la disyuntiva de instalarse en la plena luz o de refugiarse en la sombra completa. Para lo primero, hacerse profesional, o como aquí decimos, “profesionista”. Más allá de la Preparatoria ¿para qué otra cosa podía valer el estudio? ¿Quién se ocupaba de ciencia pura? Sólo algunos beneméritos a quienes se tenía por chiflados. Creían los hombres de entonces ser prácticos; pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutible de la locura, útil sólo en la juventud a título de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxiliar de la mente como los acertijos. Y las aulas de Derecho se iban llenando de jóvenes que podían repetir las palabras de Rubén Darío:²

¹ Este párrafo puede interpretarse como una velada autocrítica o, como se dice en México, un “curarse en salud”. Recordemos que Alfonso Reyes obtuvo su título de abogado el 16 de julio de 1913, con la tesis titulada *Teoría de la sanción*, misma que, según el crítico José Luis Martínez, debió ser redactada apresuradamente (OC. XXVI, p. 12). [N. de AC.]

² Rubén Darío (1867-1916): poeta nicaragüense, máximo representante del Modernismo literario en lengua española. Es posiblemente el poeta que ha tenido una mayor y más duradera influencia en la poesía del siglo xx en el ámbito hispánico. Durante el régimen de Porfirio Díaz se le impidió llegar a la ciudad de

¡Y pensar que no soy lo que yo hubiera sido!
 ¡La pérdida del reino que estaba para mí!³

¡Felices los que ya de suyo nacían orientados hacia los únicos caminos por aquel entonces practicables! Algunos bogaban en las carreras autorizadas como pescadores en aguas ajenas. Y la verdad es que mal podía haber sonado para entonces la hora del laboratorio o de las Musas. Antes de eso, era imprescindible que las escobas de Hércules acabaran su misericordia en los establos de Augías.⁴ Y todavía falta decir que, aunque entre los verdaderos poetas (la radiante pléyade del Modernismo, de que todavía lucían los astros mayores) no sucedía así, los estudiantes inclinados a escribir versos propendían a confundir la materia poética con la oratoria. Y la facultad oratoria llevaba como de la mano a la Facultad de Derecho donde, en tiempos anteriores al Centenario, había hasta cursos de oratoria forense.

México, como lo señala Alfonso Reyes en “Rubén Darío en México”, *Simpatías y Diferencias* en *OC*. IV, pp. 301-315. [N. de AC.]

³ Versos de la penúltima estrofa de “Nocturno” (A Mariano de Cavia), incluido en *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío. Transcribimos la estrofa completa: “Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido, / y la pérdida del reino que estaba para mí, / el pensar que un instante pude no haber nacido, / y el sueño que es mi vida desde que yo nací!” [N. de AC.]

⁴ Se refiere a los doce trabajos de Hércules, de los cuales el quinto era limpiar los establos monumentales del legendario rey Augias en un día. Los otros trabajos de Hércules fueron: 1) Matar el león de Nemea; 2) Matar la hidra de Lerna; 3) Capturar la cierva de Cerinia, cuyos cuernos eran de oro; 4) Capturar el jabalí de Erimantea; 6) Matar los pájaros de Estínfalo; 7) Capturar el toro de Creta; 8) Robar las yeguas salvajes de Diómedes, rey de Tracia; 9) Arrancar el cinturón de oro que llevaba la reina de las Amazonas Hipólita; 10) Robar el ganado de Gerión de la isla Eritrea; 11) Recoger las manzanas doradas del jardín de las Hespérides; 12) Capturar en los infiernos al perro Cerbero. [N. de AC.]

Desde la Constitución de 1857, el culto a la oratoria había sido muy vivo en México. La gran falange liberal quedaba en el recuerdo de todos, y era la corte de honor de la Democracia Mexicana: Ramírez, Prieto, Lerdo,⁵ tantos otros. Uno de los últimos constituyentes que aún sobrevivían, Miguel Zamacona,⁶ había sido un grande orador, y los estudiantes de comienzos del siglo (es decir, todavía impregnados de siglo XIX), lo saludaban por la calle con íntimo respeto y con noble envidia. A Bulnes se le perdona más de un desmán histórico porque era un buen orador.⁷

⁵ Sebastián Lerdo de Tejada y Corral (Xalapa, Ver. 1823-Nueva York, 1889): político mexicano que ocupó varios puestos en el gobierno como el de Fiscal de la Suprema Corte de Justicia y Ministro de Relaciones Exteriores durante los gobiernos de Ignacio Comonfort y Benito Juárez de 1863 a 1868 y de 1868 a 1870. En julio de 1872, a la muerte de Juárez ocupa de manera interina la presidencia de la República, cargo que ocupó oficialmente de 1872 a 1876. En 1873 elevó a rango constitucional las Leyes de Reforma. [N. de AC].

⁶ Manuel M. Zamacona (1826-1904): político mexicano. Durante el gobierno de Juárez renunció al Ministerio de Relaciones Exteriores en 1861 cuando el Congreso votó suspender el pago de las deudas. Acaudilló la oposición al propio Juárez y fue diplomático. [N. de AC.]

⁷ Los desmanes de Bulnes no eran al parecer sólo históricos. Bulnes era, según AR, un profesor pintoresco pero mediocre, según deja ver el siguiente aparte: “El célebre Francisco Bulnes fue un tiempo profesor de meteorología (de que no sabía una palabra) en la Escuela de Ingenieros. Su curso era de 12 a 1 ½. Pero en subir la escalera leyendo el periódico se le iba media hora. Después, se marchaba pronto, antes de que cerraran una farmacia donde tenía algo que comprar.

La clase se la pasaba en limpiar y manejar las gafas, y en hablar del cultivo del maíz, el calado de los grandes trasatlánticos y el matrimonio de Paz Barroso.

Después, señalaba las páginas en el texto —‘estudiar de aquí hasta aquí’— y desaparecía.

Durante los exámenes, corregía pruebas de sus publicaciones. Y los otros dos sinodales le decían: ‘—¿Qué calificación damos a Fulano?’ ‘—¿A quién?’ ‘—A Fulano, el que acaba de examinarse.’ ‘—Pues... póngale *muy mediano*.’ ‘—¡Señor, esa calificación no existe!’ ‘—Pues entonces póngale *muy bien*.’

Me lo ha contado el ingeniero Arturo Pani, que alcanzó a ser su discípulo” (“Bulnes, catedrático”, en *OC*. XXIII, pp. 338-339). [N. de AC.]

Jesús Urueta,⁸ mimo y recitador incomparable de piezas oratorias que, muchas veces, más eran poemas que discursos, tenía engolosinado al público, y exigente en cuanto a la perfección musical de cada párrafo.

Pero quien seguramente puso cátedra de oratoria en la Escuela de Derecho fue el maestro Jacinto Pallares,⁹ sólo vivo ya por el recuerdo en los días del Centenario. Jurisconsulto de primera, conocedor minucioso de los percances de cada ley y de la historia de cada noción jurídica en México, algo casuista, muy familiarizado con Renan¹⁰ y muy teólogo hereje, paradójico, ingenioso, epigramático, rápido en la saeta y emponzoñado en la pelea, ni siquiera le faltaba el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad.

Sin duda Pallares dejó buena simiente en algunas naturalezas sanas, al punto que cuesta trabajo hacer de justiciero con su memoria. Pero es de sospechar que, en su cátedra, a juzgar por los testimonios que de ella quedaban, se preocupó más de deslumbrar que de enseñar. Hacía gala de su talento, aun a costa

⁸ Jesús Urueta (1867-1920): escritor, profesor y político. Fue asesor artístico de la *Revista Moderna* (1898-1903). Se dice que fue uno de los iniciadores de la afición a Grecia que tanto tendrá la nueva generación de intelectuales. De hecho, el Ateneo de la Juventud lo reconoció como uno de sus antecesores. Entre sus obras cabe mencionar *Discursos literarios* (1919) (Jesús Urueta, *Obras completas*, Compañía Nacional Editora Águilas, S.A., México, 1930). [N. de AC.]

⁹ Jacinto Pallares (1843-1904): abogado, autor de *Curso completo de derecho mexicano* (1887), entre otras muchas obras también de carácter jurídico. El Aula Magna de la Facultad de Derecho de la UNAM lleva su nombre. [N. de AC.]

¹⁰ Ernest Renan (1823-1892): figura muy influyente en el siglo XIX en Francia y en las culturas de la América española. Había sido muy leído por Justo Sierra y por otros liberales, su *Discurso por la Acrópolis* tuvo gran influencia tanto en Justo Sierra como en el mismo Reyes. [N. de AC.]

del discípulo si ello le venía bien, y suscitaba en los oyentes un entusiasmo pasajero, una irritación estéril, que a lo más sólo le servía para sacar esta conclusión de dudosa moral: hay que ser orador, orador a toda costa y por sobre todo; es lo único que vale en la tierra. La Escuela de Derecho fue entonces la Escuela de los Tribunales. Venteando de lejos la Revolución, los juristas oratorios que nos precedieron soñaban con discursos en las barricadas. No les tocaría esa suerte. La Revolución dejó atrás, con celeridad de cataclismo, las audacias de los letrados. Muy pronto prescindió de ellos. Empujada por fuerzas reales y no verbales, fue tallando a golpes su ideología, bien lejana de lo que habían imaginado sus primeros profetas.

AISLAMIENTO

El loable empeño de salvar a la juventud de toda contaminación con las turbulencias que precedieron a la paz porfiriana, y el propósito decidido —una vez lograda la higienización positivista— de no volver a las andadas en materia de educación, tuvieron un singular efecto: crearon una atmósfera de invernadero y hasta una rareza de campana neumática. Habíamos superado las revoluciones y habíamos superado la era metafísica. El nuevo México revolucionario ha sido considerado con recelo por más de un gobierno hispanoamericano, temeroso de algún contagio. Con igual recelo consideraban entonces a los inquietos países del Continente los hombres de la Pax Augusta. Además, no se había descubierto aún el medio de informarse sobre el verdadero estado cultural de tales países, obra ésta de las nuevas literaturas mucho más que de los políticos. ¿Habrían superado aquellas Repúblicas la era teológica y la metafísica? ¿No se conocía acaso el desarrollo del positivismo en la Argentina y en el Brasil, para sólo citar dos casos ilustres? Las relaciones internacionales en el Sur, en que las rápidas y eficaces Embajadas de Vasconcelos y de Caso inaugurarían la etapa contemporánea, se mantenían en aquella situación embrionaria e intermitente que permitía enviar un representante al Atlántico y un representante al Pacífico. Las relaciones comerciales, indispensable vehículo, no habían llegado

siquiera a la modesta situación que hoy ofrecen. Lo mejor era no meterse en honduras, con y sin mayúsculas. Y como también se ignoraba a España olímpicamente —otro aspecto de nuestra reacción consistió en rectificar este punto— resulta que, alejados de lo que más se nos parecía, privados de todo elemento lógico de comparación, carecíamos de instrumentos para investigarnos a nosotros mismos. En su destierro de Madrid, el perspicaz Pablo Macedo,¹ científico representativo, me confesó un día: “¡Qué engañados vivíamos sobre el verdadero valor de España!”

En cierta carta de 1917 a los amigos cubanos, se ha procurado describir este carácter de la época:

Hubo un día —se dice ahí— en que mi México pareció, para las conciencias de los jóvenes, un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos, sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba como indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas pequeñas Repúblicas revolucionarias. Y teníamos un concepto estático de la

¹ Pablo Macedo (1851-1918): positivista, autor de *La evolución mercantil* (1905). Fue director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia cuando algunos miembros del Ateneo de la Juventud —entre ellos Alfonso Reyes— pronunciaron allí sus conferencias. Macedo había presidido antes el Liceo Altamirano. Fue el mecenas que sufragó los gastos correspondientes al volumen en que se recogieron las Conferencias del Ateneo, según queda expuesto en su primera edición. [N. de AC.]

patria, e ignorábamos las tormentas que nos amenazaban. Y creíamos, o se nos quería hacer creer, que hay hombres inmortales, en cuyas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.²

En esa carta se explica también cómo la lectura de Rodó³ contribuyó entonces a darnos un sentimiento de solidaridad, de fraternidad con nuestra América.

² Alfonso Reyes, “Rodó” (1917), en *El Cazador*, Madrid, 1921. *Obras Completas*, III, p. 134. [N. de AR.]

³ José Enrique Camilo Rodó Piñeyro (Montevideo, 1871-Palermo, 1917), escritor y político uruguayo. Sus ensayos signados por la defensa del americanismo y la crítica a la cultura norteamericana tuvieron extraordinaria difusión. Dentro de su obra se cuentan *Ariel* (1900), *Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero*. [N. de AC.]

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO

Permitidme ahora que cite otro documento de la época, que puede servirnos de síntesis:

¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Ciertamente que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez*.¹ Ciertamente que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra oficial, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado —inconscientemente— en una impostura. A veces, abríamos la *Historia* de Justo Sierra,² y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugerencias audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un Ministro. El Positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos vientos nos llegaban de Europa. Sabíamos que la Matemática clásica vacilaba, y la Física ya no se guardaba

¹ El polémico libro de Bulnes, publicado en 1904 fue leído en algunos casos como un menoscabo del Benemérito que redundaba en beneficio de la imagen de Porfirio Díaz. [N. de AC.]

² Se refiere a la *Historia general*, cuya primera edición data de 1885 que está dedicada a la Escuela Nacional Preparatoria (Justo Sierra, *Obras completas*, tomo XI, edición ordenada y anotada por Francisco Giner de los Ríos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984). [N. de AC.]

muy bien de la Metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las Humanidades en nuestros programas de estudio. Dudábamos de la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de cultura en los escritores Modernistas que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche³ nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la regeneración del indio! Sabíamos que los autores de nuestra política —acaso con la mejor intención— nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América Española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado —torvo de problemas provisionalmente eludidos— nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma —única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos.⁴

Entretanto, un nuevo plantel de escritores había crecido. Conviene fijar su actitud. Cuando se habla de la moderna literatura

³ Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900), filósofo alemán. [N. de AC.]

⁴ Alfonso Reyes, *El testimonio de Juan Peña* (1923), Río de Janeiro, 1930. [N. de AR.]

mexicana —no de la exclusivamente contemporánea— se alude por lo común a los pensadores que van de Justo Sierra a Jesús Urueta, y a los poetas mayores, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón, Icaza, Urbina,⁵ Nervo, la primera época de Tablada,⁶ englobándolos más o menos bajo la enseña del Modernismo. Es la segunda época porfiriana. En la última mitad de aquel régimen, que abarca dos literaturas, apareció entre nosotros esa fiebre que se apodera de la mente americana por los años de Ochenta, y vino a confluír al fin (mensajero, Rubén Darío) con la embestida de los escritores españoles del Noventa y Ocho. Es el periodo postromántico. Justo Sierra llama a Gutiérrez Nájera: “flor de otoño del romanticismo mexicano”.⁷ Los escritores de este periodo eran, hasta antes de la Revolución, los únicos escritores mexicanos conocidos en el extranjero.

Lo que se ha dicho sobre la moderna literatura francesa es aplicable en mayor o menor grado a todas las literaturas modernas: sus fuentes han de buscarse en las pequeñas revistas. Cuando en España se levante el índice de las revistas del Noventa y Ocho, se

⁵ El poeta Luis G. Urbina (México, 1868-Madrid, 1934): fue secretario privado de Justo Sierra, fue el vínculo entre el ministro de Instrucción (Sierra) y la joven generación a la que pertenecía Alfonso Reyes. Por la hondura y calidad de su producción poética, así como por la riqueza y variedad de su extensa obra periodística, está considerado como uno de los escritores más representativos de las letras mexicanas del primer tercio del siglo xx. [N. de AC.]

⁶ El poeta José Juan Tablada, cuyo nombre completo era José Juan de Aguilar Acuña Tablada y Osuna, fue nombrado secretario de la embajada mexicana en Venezuela en 1918. Volverá al servicio exterior hasta 1945, cuando se le nombra vicedecónsul mexicano en Nueva York. [N. de AC.]

⁷ Véase Justo Sierra, “Prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera”, *op. cit.*, p. 408. [N. de AC.]

tendrá el material indispensable para apreciar la fuerza de arranque de la España nueva. Veamos lo que entre nosotros acontece, revolviendo otra vez algunas páginas que ya andan en libros, y acaso retocándolas para mejor comprensión.⁸

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul*.⁹ Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna*¹⁰ popularizó entre nosotros los modos de la poesía post-

⁸ En estas páginas se cuenta cómo la caída del gobierno nicaragüense bajo la presión de Estados Unidos hizo imposible la llegada de Rubén Darío hasta la ciudad de México, o la hizo poco aconsejable a los ojos del gobierno de Porfirio Díaz, en vista de la efervescencia contra Washington que se produjo entre nuestros universitarios. Hay que recordar que Darío había sido nombrado Plenipotenciario de Nicaragua para las fiestas del Centenario juntamente con Santiago Argüello. La efervescencia temida por Porfirio Díaz no dejó de manifestarse en torno a la persona de Argüello y, desde luego, habría sido mucho más intensa si Darío hubiera aparecido en la capital. Véase *OC*, IV, apénd., núm. 8, *d*, *e* y *h*. [N. de AC.]

⁹ La revista *Azul*, oficialmente conocida como *El Domingo de El Partido Liberal*, pues fue auspiciada por el periódico *El Partido Liberal* (1885-1896), dirigido por Apolinar Castillo, apareció el 6 de mayo de 1894 y concluyó en 1896, auspiciada ya por *El Imparcial*. Vocera por antonomasia del modernismo en México, esta revista publicó a la gran mayoría de los escritores modernistas. Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo fungieron como editores; Luis G. Urbina, como secretario de redacción. En 1988, la UNAM publicó una edición facsímil de este importante vehículo literario. Las revistas continuadoras de *Azul* fueron la *Revista Moderna* (1898-1903) y la *Revista Moderna de México* (1903-1911). Entre los redactores de la primera destacan, Bernardo Couto Castillo, Ciro B. Cevallos, Rubén M. Campos, Alberto Leduc y José Juan Tablada. En 1903 esta revista se politiza y amplía su título; sus directores literarios fueron Jesús E. Valenzuela y Amado Nervo; su consultor literario y artístico, Jesús Urueta. [N. de AC.]

¹⁰ La *Revista Moderna* (1898-1903) fue heredera de la revista *Azul* y, como tal, difusora de la estética modernista. Los redactores en su primer número fueron: Bernardo Couto Castillo, Ciro B. Ceballos, Rubén M. Campos, Alberto Leduc, Antenor Lezcano, Francisco M. de Olaguíbel, José Juan Tablada, Jesús Urueta y Jesús E. Valenzuela, su director artístico, Julio Ruelas. Su continuadora sería la *Revista Moderna de México* (1903-1911). Los poemas de Othón publicados en la *Revista Moderna* a los que se refiere Alfonso Reyes son "Idilio salvaje", "En el desierto" y "Elegía". [N. de AC.]

romántica. Los escritores que despuntan en la primera revista florecen ya en la segunda. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica —técnica valiente, innovadora— y, exceptuando a Urbina que perpetuó a su manera la tradición romántica, a Díaz Mirón que vivía en su torre, y a Icaza cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte, cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.¹¹

Agrupábanse materialmente hablando en redor del lecho donde Jesús Valenzuela,¹² siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres, iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces llegaba de la provincia Manuel José Othón, con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestras, lejano, distraído, extático. Othón espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray

¹¹ Julio Ruelas (1870-1907): pintor mexicano, fue compañero en el Colegio Militar de José Juan Tablada. Ambos fueron expulsados por un pasquín que Ruelas ilustró. Sobre este pintor, véase el texto “Julio Ruelas, subjetivo”, en *Varia, OC*, I, pp. 320-324. [N. de AC.]

¹² Jesús E. Valenzuela (1856-1911): uno de los fundadores de la *Revista Moderna*. Sobre él escribió Justo Sierra: “¡Qué derrochador, Dios mío! Derrochaba ingenio, talento, dinero y simpatía, todo con un donaire gentil de gracia y elegancia realmente único; jamás, jamás he visto un poeta menos egoísta; un voluptuoso con el corazón menos seco...” (Justo Sierra, “Jesús E. Valenzuela”, *Obras completas*, III. *Crítica y artículos literarios*, edición y notas de José Luis Martínez, México, UNAM, 1991, p. 470). [N. de AC.]

Luis,¹³ ecos de Baudelaire.¹⁴ Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora. Hizo, como quería Chénier,¹⁵ versos antiguos con pensamientos nuevos.¹⁶ Nervo —que no era todavía el sabio varón de los últimos años— incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los “metros viejos” en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo de abo-lengo. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo.¹⁷ Nervo, en suave ascensión durante los últimos años, nos hace pensar que su final era merecido como un premio. Pocos realizaron al igual de él la máxima estoica: que el tránsito mortal es cosa tan grave, que hay que meditarlo toda la vida para acertarlo una sola vez con todo decoro. Urueta, que murió también a orillas del Plata,¹⁸ llegó allá en tal estado

¹³ Fray Luis de León (Cuenca, 1527 o 1528-Ávila, 1591): poeta humanista y religioso agustino español de la Escuela salmantina. Su poesía está inspirada por el deseo del alma de alejarse de todo lo terrenal para poder alcanzar a Dios. Los temas morales y ascéticos dominan toda su obra, dentro de ésta se cuenta *De los nombres de Cristo* en tres libros (1572-1585). [N. de AC.]

¹⁴ Charles Pierre Baudelaire (1821-1867): poeta, crítico de arte y traductor francés considerado como el poeta de más impacto del simbolismo francés. Dentro de su obra se cuenta, entre otras, *Las flores del mal*. [N. de AC.]

¹⁵ André Marie Chénier (Estambul, 1762-París, 1794): poeta francés precursor del Romanticismo. La mayor parte de su obra se publicó póstumamente siendo la primera edición la realizada por Henri de Latouche en 1819. [N. de AC.]

¹⁶ Alfonso Reyes tiene presente el consejo que André Chénier expresa en el prólogo de sus *Poésies antiques* (en *Poésies*, Edition de L. Becq de Fouquières, París, Gallimard, 1994, p. 3) desde que en 1907 escribe sus “Sonetos ofrecidos a André Chénier”. La primera línea del primero de ellos dice precisamente: “Musa de antigua pres: el pecho anhela / el consejo escuchar que ayer decías. / Hoy con alborozadas armonías / tu voz renace y tu palabra vuela”, en *OC*. X, p. 24. [N. de AC.]

¹⁷ Llama la atención cómo el joven Alfonso Reyes siempre tuvo cerca de su memoria la literatura primitiva española. [N. de AC.]

¹⁸ Murió en Buenos Aires, Argentina, el 8 de diciembre de 1920, donde había sido enviado como Ministro en 1919. [N. de AC.]

de postración que nuestros amigos argentinos no pudieron ya disfrutar en él uno de los más perfectos espectáculos del hombre parlante. Aquel poeta de los sentidos era un convidado al banquete de la locura. Educaba con aladas palabras el gusto estético de la juventud, haciéndole amar las cosas bellas y la Grecia francesa. Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega. En cuanto a don “Chucho” Valenzuela, su recuerdo perdurará más que su poesía, cuya más amable cualidad era carecer de nombre en la Poética. A los otros los ha dispersado la vida, mientras los iba recogiendo la muerte.

Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre descontentadizo y febril, castigaba el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a lo demás. Góngora mexicano a quien la crítica apenas comienza a acercarse, nos deja un ejemplo de fuerte arranque, nos deja una lección de oficio, un consejo de frenar a Pegaso, una dolorosa tortura de perfección y una exacerbación de solitario.

Tablada enmudecía temporalmente, aunque sus excelentes dones literarios no estaban agotados por suerte. Después de un largo silencio, había de resurgir remozado, puesto a compás de la última poesía sintética y del epigrama japonés (tan madrigal como epigrama), inventando por su cuenta fórmulas semejantes a las de Apollinaire,¹⁹ para impresionar visiblemente a los grupos literarios más nuevos.

¹⁹ Se refiere a los ideogramas practicados por José Juan Tablada (1871-1945), que recuerdan a los *Caligramas* de Guillaume Apollinaire (1880-1918). [N. de AC.]

A principios de 1906, Alfonso Cravioto²⁰ y Luis Castillo Ledón²¹ fundaron una revista juvenil.²² Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*.²³ No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. “La redacción —escribe Rafael López—²⁴ era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar”.²⁵ A muchos metros

²⁰ Alfonso Cravioto (1883-1955): escritor mexicano miembro del Ateneo de la Juventud. Fue académico de la lengua. Su obra poética fue publicada bajo el título *El alma nueva de las cosas viejas* (1921). [N. de AC.]

²¹ Luis Castillo Ledón (1879-1944): socio fundador del Ateneo de la Juventud y del Ateneo de México, participó en la fundación de la Universidad Popular Mexicana (1912). Fundamentalmente escribió libros de historia: *Los mexicanos autores de óperas* (1910), *Orígenes de la novela en México* (1915), *El chocolate* (1917), *La conquista y colonización española en México, su verdadero carácter* (1932), *La fundación de la ciudad de México* (1932), *Hidalgo, la vida del héroe* (1941), entre otros. [N. de AC.]

²² Alfonso Reyes finaliza su mencionado artículo “Nosotros” con estas palabras: “Al principio del año de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por José María Sierra (el cual ha escapado, como por trampa, del mundo de lo conocido), se arriesgaron a una empresa periodística”. [N. de AC.]

²³ Escribe Alfonso Reyes: “Al principiar el año de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por José María Sierra (el cual ha escapado, como por trampa, del mundo de lo conocido), se arriesgaron en una empresa periodística que habría tenido éxito si Cravioto no hubiera preferido sacrificarla por un viaje por Europa. Se fundó una revista literaria de los jóvenes. Se trató de llamarla *Savia Nueva*, pero, a influencia todavía de la *Revista Moderna*, se acabó por ponerle el desabrido nombre de *Savia Moderna*” (“Nosotros”, en *Nosotros*, núm. 9, México, marzo de 1914). [N. de AC.]

²⁴ Rafael López (1873-1943): escritor que colaboró en diversas revistas, autor de *Vitales patricios* (1911), *Con los ojos abiertos* (1912), *Poema* (1914), etc. [N. de AC.]

²⁵ Estas palabras del poeta Rafael López las cita Alfonso Reyes en su ensayo, “Rubén Darío en México”, en *Simpatías y Diferencias* en *OC. IV*, pp. 301-315. [N. de AC.]

de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera²⁶ instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores: los que escriben,²⁷ los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo.²⁸ Decía, con Goethe, que escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita. Conversador incomparable, conferenciante nítido y justo. El nombre de Jesús Acevedo anda en nuestros libros, pero su obra, que fue sobre todo de precursor, obra de charlas, de atisbos, de promesas, no podrá recogerse. El tomo de sus disertaciones por así decirlo oficiales, que la piedad amistosa ha coleccionado, no da idea de lo que fue Acevedo; arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra, pero que despertó el interés por el colonial mexicano y encauzó en este estudio a los que habían de propagarlo y hacerlo renacer en nuestros estilos actuales. El

²⁶ Diego Rivera (1886-1957): famoso pintor, muralista, escultor, polemista y político, fue también socio del Ateneo de la Juventud y del Ateneo de México. Diseñó la portada de la revista *Savia Moderna* en 1906. En 1907 el gobernador Teodoro de la Dehesa le otorgó una beca para ir a Europa. Volvió a México en 1910, donde permaneció un año, antes de partir hacia París, donde se asociaría al movimiento cubista. Participó de los movimientos de vanguardia. [N. de AC.]

²⁷ Concepción de Gourmont que Alfonso Reyes cita también en “Rubén Darío en México”. Como puede notarse, hay muchas frases e incluso pasajes exactos o más o menos iguales en ambos ensayos. [N. de AC.]

²⁸ Jesús T. Acevedo (1882-1918): arquitecto. Fundó la Sociedad de Conferencias (antecedente directo del Ateneo de la Juventud). Véase el artículo de Alfonso Reyes “Notas sobre Jesús Acevedo”. [N. de AC.]

volumen de artículos que de él ha podido juntarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafío por la pluma— es un documento curioso que descubre perspectivas sobre aquel escritor posible. Cierta sarcasmo, cierta manera desdeñosa, mientras vivió en México. En la ausencia, se destempló el resorte, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su capital mexicana. No quiso luchar: se dejó morir nuestro pobre amigo, demasiado fino para defenderse.²⁹

Entre los prosistas doblados de poetas estaba Ricardo Gómez Robelo,³⁰ que era propia imagen del mirlo de Rostand.³¹

Cette âme!... On est plus las d'avoir couru sur elle,
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

²⁹ Alfonso Reyes “Notas sobre Jesús Acevedo”, *Reloj de sol*, Madrid, 1929. [N. de JGD.]

³⁰ Ricardo Gómez Robelo (1884-1924): colaborador asiduo de *Savina Moderna*. Inició, junto con Rubén Valenti, la crítica de la doctrina positivista, fue socio numerario del Ateneo de la Juventud y miembro de la Universidad Popular Mexicana. Como poeta, publicó *En el camino* (1906) y *Sátiras y amores* (1920). Entre sus ensayos destacan *Importantes apuntes sobre la solución del problema agrario* (1912) y *El significado esotérico de algunos símbolos nahoas* (1925). Escribió, además, una biografía de Porfirio Díaz: *Álbum de Díaz* (1916). [N. de AC.]

³¹ Edmund Rostand (1868-1918): poeta y dramaturgo francés nacido en Marsella y cuyas obras (*Romanesques*, *Cyrano de Bergerac*, *L'Aiglon*, *Chantecler*) tienen el brillo de una viva imaginación. Un traslado literal de los versos citados diría: ¡Esa alma... No es menos cansado haber corrido tras ella / que haber dado cacería durante todo el día al saltamontes! [N. de AC.]

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, le tentaban las socilitaciones de la fantasía. Ignoraba cuántos volúmenes llevan publicados Monsieur Chose y Perico el de los Palotes, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo trajo un día disfrazado de guerrillero. Los noticieros lo encontraban, en los campamentos, traduciendo a Elizabeth Barrett Browning.³² Luego volvió a sus inquietudes artísticas, siempre un poco estéril. Anduvo con la imaginación paseando de Egipto a Grecia, y entró al fin en la vieja Aztlán. Esotérico, mago. No he visto fealdad más patética que la suya, ni una voluptuosidad mayor para el misterio. Cuando lo enterramos, no había hecho nada. ¿Nada? ¡Amar el genio! Su vida había sido siempre trágica, y lo más trágico o lo más feliz es que él nunca pareció percatarse.

Alfonso Cravioto³³ era el representante del sentido literario: su prosa, fluida, musical, colorida. Su vida estaba consagrada a la

³² Elizabeth Barrett Browning (1806-1861): esposa de Robert Browning, es considerada como la mejor poetisa inglesa. Tradujo del griego *Prometeo encadenado* (1835) y escribió, entre otras obras, *Sonetos traducidos del portugués* (1847), *Las ventanas de la casa Guidi* (1851), *Aurora Leigh* (1857), novela filosófica en versos blancos, y *Poemas ante un congreso* (1860). [N. de AC.]

³³ Alfonso Reyes evoca así al fino editor de *Savia Moderna*: “El llorado e inolvidable amigo Alfonso Cravioto, recién desaparecido, y a quien asociamos con gratitud a las memorias de nuestra iniciación en el mundo literario (¡la revista *Savia Moderna*, allá por 1906!), pasó un día por Buenos Aires, calle Arroyo, casa de la Embajada de México, camino de Santiago de Chile, adonde iba como Embajador. Era hombre de suma agudeza y extremadas curiosidades. Aún recuerdo que,

expectación literaria. Había coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hacía crecer que poseía en casa tesoros de documentación. Nadie sabía si era o no rico, si escribía o no en secreto.

Cuentan que escribe, y no escribe;
dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas, y en que desfilaban, clavados con la flechita del epigrama, todos los del grupo. De cuando en cuando, asomaba para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca empezaba a imprimir sus libros. Después intervino en la vida pública. Orador elegante y persuasivo, fácilmente salía victorioso de sus causas. De mil modos ha contribuido al desarrollo de la pintura en México, y al fin nos ha dado unos versos de un “parnasismo” mexicano muy suyo, hechos de curiosidad y cultura.

en unos minutos, mientras cenábamos juntos en algún *cabaret* porteño, pidió una hoja de papel y sacó un esquema de todos los pasos del tango que las parejas bailaban ante nuestros ojos. Antes de llegar a su destino, conocía ya la capital chilena por un plano que llevaba consigo, lleno de anotaciones.

Como también a él le atraía asomarse a los otros mundos posibles, me contó esta singular historia:

—Poseo un catálogo de los *canuts* o tejedores de Lyon, minuciosos dibujos de las célebres corbatas que allá se fabrican. Un día se me ocurrió trasladarlos, con perforaciones, a las bandas de una pianola. No te imaginas los estupendos resultados musicales que obtuve. ¡La música de la seda...!

Sí: una suerte de ‘sinestesia’ práctica en el paso de la línea textil a la sonoridad” (“Música inaudita”, en *OC.* XXII, pp. 592-593). Los poemas de Alfonso Cravioto están reunidos en *Poesías completas* (1904-1944), México, 1971. [N. de AC.]

Entre los poetas estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo.³⁴ Estaba Manuel de la Parra,³⁵ musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, “ciega de ensueño y loca de armonía”. Estaba Eduardo Colín,³⁶ entregado a una gestación laboriosa en que se combatirían el poeta seco y el prosador jugoso, más tarde desembarazado y suelto. Estaba Roberto Argüelles Bringas,³⁷ tan austero, áspero a la vez que hondo, en quien la fuerza ahogaba a la fuerza, y el canto sin poder fluir brotaba a pulsaciones. Aún no venía de su provincia el poeta mayor, González Martínez,³⁸ todo él ejemplo de probidad. Y apenas salía de su infancia Julio

³⁴ Se refiere a la frecuentación y uso que hicieron algunos poetas del Romanticismo tardío, más tarde conocidos como decadentes, del cáñamo, sus derivados opiáceos y de otras sustancias similares. La figura emblemática de esta tendencia fue el poeta Charles Baudelaire, autor de *Los paraísos artificiales*. [N. de AC.]

³⁵ Manuel de la Parra (1878-1955): conocido como “Parrita”, poeta zacatecano quien se trasladó a México en 1902. Colaboró en *Revista Moderna* y en su continuadora, la *Revista Moderna de México*. Fue socio del Ateneo de la Juventud y autor de *Visiones lejanas* y *En las ruinas*. [N. de AC.]

³⁶ Eduardo Colín tuvo a su cargo las legaciones de Rusia, España y Guatemala. [N. de AC.]

³⁷ Roberto Argüelles Bringas (1875-1915): cofundador y socio numerario del Ateneo de la Juventud. Colaboró en *Revista Moderna*. En 1975, Serge I. Zaitzeff recogió su obra poética bajo el título *Fuerza y dolor*. [N. de AC.]

³⁸ Enrique González Martínez (1877-1952): famoso poeta, autor de “Tuércele el cuello al cisne”, fue también socio correspondiente del Ateneo de la Juventud. Autor, entre otros muchos libros, de *Senderos ocultos* (1911) y *La muerte del cisne* (1915). En su libro *La apacible locura* (1951) rememora su pasado, incluyendo su vínculo con el grupo ateneísta. AR sintió siempre una enorme admiración por Enrique González Martínez, como prueban los ensayos y poemas que le dedicó. [N. de AC.]

Torri,³⁹ graciosamente diabólico, duende que apagaba las luces, íncubo en huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir cuanto debiera las “cosas de la vida”, como suele decirse, la tiranía de aquel “amo furioso y brutal” que tanto nos hace padecer.

Y de propósito dejo para el fin a Caso,⁴⁰ a Vasconcelos,⁴¹ a Pedro Henríquez Ureña. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso,⁴²

³⁹ Julio Torri (1889-1970): narrador, ensayista y académico. Fundador, al igual que Alfonso Reyes, del Ateneo de la Juventud. La presencia de Julio Torri es constante en las obras de Alfonso Reyes. Fue autor de *Ensayos y poemas* (1917) y *De fusilamientos* (1942), entre otras obras. Alfonso Reyes recuerda así a su entonces joven amigo: “No puedo menos que recordar una anécdota de mi juventud estudiantil: El lavadero chino que venía cada ocho días por la ropa de Julio Torri nunca era el mismo (aunque era difícil darse cuenta). Julio averiguó lo que pasaba: en su pequeño círculo, los chinos, los ‘chales’, solían jugarse la lavandería todas las noches, con esas sus barajas que parecen fichas alargadas del dominó, y cada mañana el propietario y el mandadero resultaban distintos” (“Acertijos”, en *OC*. XXII, p. 52). [N. de AC.]

⁴⁰ Antonio Caso (1883-1946): ensayista y pensador mexicano, una de las figuras centrales de la llamada “generación de 1910”. Animador esencial del movimiento filosófico mexicano moderno frente al positivismo. [N. de AC.]

⁴¹ José Vasconcelos (1882-1959): político, pensador y escritor mexicano. Fundador del Ministerio de Educación, desde el cual desarrolló una fecunda y extraordinaria labor, lo que le mereció el sobrenombre de *El maestro de la juventud de América*. Para ahondar en la “formidable obra educacional de Vasconcelos”, véase el extenso libro de Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, México, UNAM, 1989. [N. de AC.]

⁴² Antonio Caso cumplió misiones diplomáticas de carácter cultural en Perú, Chile, Uruguay, Argentina y Brasil, países donde dio conferencias en 1921. Regresa a Perú en 1924 para la celebración de la batalla de Ayacucho. [N. de AC.]

quien difundiría por las aulas las nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.

En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón⁴³ escribía de él: “Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas”. Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba “el dorio”.

José Vasconcelos era el representante de la filosofía antioccidental, que alguien ha llamado “la filosofía molesta”. La mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los

⁴³ Francisco García Calderón (1883-1953): escritor y pensador peruano miembro de la generación del novecientos. Su obra magna fue *El Perú contemporáneo* escrita en francés. Gran amigo de Alfonso Reyes, a quien le prologó su libro *Cuestiones estéticas*. [N. de AC.]

instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal). Hace veinticinco años se dijo de él:

Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido cuna de las tiranías ilustradas (Juárez, Díaz). Es asiático: tenemos en nuestro país dos océanos a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.⁴⁴

Entretanto, la exacerbación crítica que padecíamos corroía los moldes literarios; los géneros se mezclaban un tanto y la invención pura padecía. Apenas la novela tradicional tenía un campeón en Carlos González Peña,⁴⁵ trabajador infatigable. Teatro no había. El cuento, en manos de Torri, se hacía crítico y extravagante. (Nunca ha publicado él sus páginas de entonces: el embustero que privaba de existencia a los que nombraba, el que se embriagaba con sangre de gallo, el descabezado que traía la cabeza pegada y no podía acercarse al fuego para que no se le derritiera el pegamento.)⁴⁶ Era aquélla, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos. Quién sabe si algún poeta del grupo

⁴⁴ Alfonso Reyes, "Rubén Darío en México: I. El ambiente literario", *Los dos caminos*, Madrid, 1923; y además, "Despedida a José Vasconcelos", *Reloj de sol*, Madrid, 1926. [N. de JGD.]

⁴⁵ Carlos González Peña (1885-1955): dramaturgo y ensayista, autor de *Historia de la literatura mexicana* (1928), entre otras obras. [N. de AC.]

⁴⁶ Alude a las artesanías baratas hechas con cartón y pegamento de baja calidad y que en consecuencia habían de ser tratadas con cuidado. [N. de AC.]

no se haya empobrecido un poco, por la necesidad de movilizar todas sus fuerzas hacia la reconstrucción crítica en que estábamos empeñados.

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o “decadentes”, los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tutearnos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.

Tales eran, al iniciar el ataque, los caballeros del “Sturm-und-Drang” mexicano.⁴⁷

Uno de los nuestros, Pedro Henríquez Ureña, ha escrito:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como

⁴⁷ Alfonso Reyes compara el movimiento renovador mexicano con aquel del romanticismo alemán, como se sabe “Sturm und Drang” (*Tormenta e impulso o Tempestad y pasión*) fue el nombre que los prerrománticos alemanes dieron a la reacción contra el racionalismo francés del siglo XVIII. El nombre *Sturm und Drang* se deriva del drama homónimo de Klinger. En el ámbito mexicano, la reacción apasionada y tormentosa de los ateneístas fue contra ese pseudonacionalismo positivista que invadió la educación. [N. de AC.]

inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confiamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.⁴⁸

He aquí, brevemente reseñadas, las principales fases de aquel movimiento que, como lo explica Henríquez Ureña, no se inspiró en el afán de asaltar los puestos educativos, sino de renovar las ideas.

⁴⁸ Pedro Henríquez Ureña, “La influencia de la revolución en la vida intelectual de México”, *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, La Habana (posterior a 1924), pp. 114-115. [N. de AR.]

LA PRIMERA CAMPAÑA

1o. En 1906, la revista *Savia Moderna*.

2o. El propio año, la exposición de pintura de *Savia Moderna*, donde por primera vez se exhiben las obras de Ponce de León,¹ Francisco de la Torre² y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el “Doctor Atl”, fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita del estilo *pompier*.³ La pintura académica se atajó de repente. La

¹ Rafael Ponce de León (1882-1910). Pintor, discípulo de Félix Bernardelli. Nació en Guadalajara, Jal. De 1903 a 1908 radicó en París perfeccionando sus estudios de pintura y fue compañero de Diego Rivera. Se cuenta que dejó más de dos mil cuadros, dibujos, acuarelas, óleos; al morir, Jorge Enciso organizó en 1911 una exposición de sus obras en la Academia Nacional de Bellas Artes. *Diccionario Porrúa*, 1985. [N. de AC.]

² El pintor Francisco de la Torre expuso en 1906 junto con Rafael Ponce de León, el “Dr. Atl” (Gerardo Murillo) y Diego Rivera en una exposición auspiciada por los directores y mecenas de *Savia Moderna*. [N. de AC.]

³ Sobre este juicio de Alfonso Reyes vale la pena transcribir la opinión de José Rojas Garcidueñas: “Sinceramente, no creo que aquella exposición produjera la muerte súbita, en 1906, del arte *pompier*, o sea de estilo conservador (en amplio sentido del término), pues [...] hubo crítica declarando que el mayor éxito fue el del pintor Gedovius, que siguió pintando muchos años más y quien, aparte de sus méritos de oficio, fue evidentemente un pintor de estilo *pompier*. Por otra parte, el arte académico no se atajó entonces; yo diría que, más bien, a lo largo de los veinte o más años siguientes fue muriendo de inanición, pero todavía con manifestaciones notables, pues hasta podríamos mencionar algunas obras de Ángel Zárraga —lo cito porque perteneció al grupo de *Savia Moderna*— y otros varios ejemplos

transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos. Esta exposición, recordada sólo por Daniel Cosío Villegas⁴ si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido lo bastante.⁵

3o. La manifestación en memoria de Gutiérrez Nájera. Por 1907, un oscuro aficionado⁶ quiso resucitar la *Revista Azul* de

serían fáciles de recordar” (José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, p. 47). [N. de AC.]

⁴ Daniel Cosío Villegas (1898-1976): ejerció el periodismo desde 1919. Fue cofundador y director de diversas instituciones, entre ellas del Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. Galardonado con el Premio Nacional de Letras en 1971. Véase la “Carta a Daniel Cosío Villegas”, en *Las burlas veras* en OC. XXII, pp. 527-528. [N. de AC.]

⁵ La revista *Savia Moderna* le encargó a Gerardo Murillo, “Dr. Atl” (1875-1964), la realización de una muestra de pintura y escultura que ocupó dos locales en la calle de Santa Clara (hoy, calle de Motolinía). En esta exposición participaron Joaquín Clausell, Jorge Enciso, Antonio y Alberto Garduño, Germán Gedovius, Saturnino Herrán, Rafael Lillo, Jesús Martínez Carrión, Roberto Montenegro, Sóstenes Ortega, Rafael Ponce de León, Diego Rivera, Francisco de la Torre y Gabino Zárata. En el segundo número de *Savia Moderna* (abril de 1906) se hace alusión a la exposición. Asimismo, el poeta Rafael López —futuro ateneísta— publica su poema “Para la clausura de la exposición de pinturas organizada por la Redacción de ‘Savia Moderna’”. Véase la edición facsimilar de esta revista en la colección *Revistas Literarias Mexicanas Modernas* del Fondo de Cultura Económica, México, 1980. Sobre la muestra de *Savia Moderna*, afirma José Rojas Garcidueñas: “Eso era, entonces, algo totalmente o casi por completo inusitado; las exposiciones eran acontecimientos excepcionales, es decir nada frecuentes; había, sí, las que anualmente se montaban en la Escuela de Bellas Artes, antes Academia de San Carlos, para presentar los trabajos sobresalientes de los realizados en el propio establecimiento durante el año de labores. A veces solía haber alguna exposición particular, de unos cuadros de algún profesor de pintura, y casi nada más. Pero que una revista, pequeña y sin recursos, de un grupo de escritores, poetas en su mayor parte, más algunos dibujantes y principiantes de las artes plásticas, jóvenes casi todos ellos, auspiciara, organizara y ofreciera al público una buena serie de pinturas era en verdad, como dije, cosa inusitada” (José Rojas Garcidueñas, *op. cit.*, pp. 45-46). [N. de AC.]

⁶ Se trata de Manuel Caballero (1849-1926), que había ya fundado *El*

Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera.⁷ No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó “buenos hijos de Grecia”. La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos.⁸

Entreacto (bisemanal de espectáculos, literatura y arte) (1901-1909), donde llega a publicar la “Protesta Literaria” contra su revista *Azul*, así como las contrapropuestas. [N. de AC.]

⁷ La llamada “segunda época” de la revista *Azul* surgió a raíz de que Carlos Díaz Dufoo cedió los derechos a Manuel Caballero. El primer número de esta segunda época es de marzo de 1907. En el texto titulado “Prospecto”, Manuel Caballero ataca duramente a los “sectarios” del modernismo. Esto provocará la primera gran polémica literaria del siglo xx en México. En efecto, Pedro Henríquez Ureña propone hacer una “Protesta Literaria” en contra de Caballero, a quien tachan de “mercantilista” que “profanaba” el nombre del Duque Job (Gutiérrez Nájera) y el prestigio de la antigua revista. Se trató, entonces, de reivindicar a Manuel Gutiérrez Nájera. La consecuencia más importante de la “Protesta” fue que estos jóvenes, cuyo aliado principal era Justo Sierra, cobraron mayor fama y poder cultural. Su “Protesta Literaria”, del 7 de abril de 1907, se publicó en forma de volante y en algunos medios periodísticos, como *El Diario* (cuyos redactores eran Max y Pedro Henríquez Ureña y otros del mismo grupo) y en la *Revista Moderna de México*. [N. de AC.]

⁸ Para profundizar más en este importante episodio de la historia de la literatura mexicana, véase la edición facsímil de la revista *Azul* (segunda época): Fer-

4o. La Sociedad de Conferencias. El viaje a Europa de Alfonso Cravioto dio fin a la *Savia Moderna*. Acevedo nos congregó en su taller, y fundamos la Sociedad de Conferencias para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.⁹

5o. La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores.¹⁰ Poco después, alentados por el éxito, proyectába-

nando Curiel: *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda* Revista Azul, México, UNAM, 1996. Véanse también Alfredo A. Roggiano: *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989 y Leonardo Martínez Carrizales: *La gracia pública de las letras. Tradición y reforma en la institución literaria en México*, México, Ed. Colibrí, 1999. [N. de AC.]

⁹ La Sociedad de Conferencias, fundada por el arquitecto Jesús T. Acevedo, tuvo dos etapas: en 1907 y en 1908. La primera conferencia tuvo lugar el miércoles 29 de mayo de 1907 y se tituló “La obra pictórica de Carrière”, por Alfonso Cravioto; la segunda, del 12 de junio, fue de Antonio Caso: “La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno”. El miércoles 26 de junio tocó su turno a Pedro Henríquez Ureña, quien habló sobre “Gabriel y Galán, un clásico del siglo xx”. El 10 de julio, Rubén Valenti habló sobre “La evolución de la crítica literaria”. Jesús T. Acevedo pronunció la quinta conferencia el 24 de julio, titulada “El porvenir de nuestra arquitectura”. La última conferencia, realizada el 7 de agosto, fue de Ricardo Gómez Robelo: “La obra de Edgar Allan Poe”. En 1908 la Sociedad de Conferencias llevó a cabo su segundo y último ciclo en el Conservatorio Nacional. Se trató de “conferencias-conciertos”. El programa fue el siguiente: Antonio Caso: “Max Stirner y el individualismo exclusivo” (miércoles 18 de marzo); Max Henríquez Ureña: “La influencia de Chopin en la música moderna” (martes 24 de marzo); Genaro Fernández MacGregor: “Gabriel D’Annunzio” (miércoles 1º de abril); Isidro Fabela: “José María de Pereda” (miércoles 8 de abril) y Rubén Valenti: “Arte, ciencia y filosofía” (miércoles 22 de abril). Véase José Rojas Garcidueñas: *El Ateneo de la Juventud y la Revolución, op. cit.*, pp. 51-59. [N. de AC.]

¹⁰ Recuérdese que el mismo Alfonso Reyes escribirá un libro titulado *La afición de Grecia, OC*, XIX. [N. de AC.]

mos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo.¹¹ El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo.

6o. Manifestación en memoria de Barreda. En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérselo propuesto—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles

¹¹ La ya mítica lectura de este diálogo platónico que se llevó a cabo en el despacho del arquitecto Jesús T. Acevedo, ubicado en la 2ª calle de Plateros. AR habla también de esta lectura en sus “Notas sobre Jesús Acevedo”, y transcribe las siguientes palabras de Pedro Henríquez Ureña: “Una vez nos citamos para releer en común el *Banquete* de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura duró acaso tres horas; nunca hubo mayor olvido del *mundo de la calle*, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto inmediato a la más populosa avenida de la ciudad” (Pedro Henríquez Ureña, “La cultura de las humanidades”, *Obra crítica*, edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Speratti Piñero, prólogo de Jorge Luis Borges, México, Fondo de Cultura Económica, p. 598). [N. de AC.]

el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda.¹² Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla¹³ y Rodolfo Reyes—¹⁴ se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso.¹⁵ En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algún historiador

¹² Sin duda, esta actitud es síntoma de la gran lucidez de los futuros ateneístas, quienes, a pesar de considerar al positivismo como una doctrina obsoleta en materia educativa, no dejaron de admirar la obra —en su momento innovadora— del positivista Gabino Barreda, y de sentir que, en su época, fue necesaria para el país. [N. de AC.]

¹³ Diódoro Batalla (1867-1911): político y orador. En Veracruz fundó el periódico *El Intransigente*. En 1901 fundó la Asociación Liberal Reformista. Militó después en el Partido Democrático, que en 1908 lanzó la candidatura del general Bernardo Reyes. También fue uno de los fundadores del Partido Nacional Antirreeleccionista. [N. de AC.]

¹⁴ Rodolfo Reyes (1878-1954): abogado, orador y político. Hijo del general Bernardo Reyes y uno de los hermanos mayores de AR. Fue antimaderista y cabeza del movimiento reyista. En el homenaje a Gabino Barreda, en 1908, ataca la alianza de Porfirio Díaz con el Partido Científico. Colaboró con el régimen de Victoriano Huerta como ministro de Justicia. En 1914 sale exiliado. Autor de *De mi vida. Memorias políticas, 1899-1914*, publicado en España en varios volúmenes. [N. de AC.]

¹⁵ En la mañana del domingo 22 de marzo de 1908 se inició una serie de actos para defender la memoria de don Gabino Barreda. En la Escuela Nacional Preparatoria (fundada por Barreda en 1868), hablaron el dominicano Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo y Alfonso Teja Zabre. Después se celebró un mitin en el Teatro Virginia Fábregas, donde hablaron, entre otros, Rubén Valenti, Alfonso Cravioto, Rodolfo Reyes, Diódoro Batalla e Hipólito Olea. Por la noche tuvo lugar una velada en el Teatro Arbeu, donde Antonio Caso habló en nombre de los jóvenes, el poeta Rafael López recitó un poema y Justo Sierra —entonces ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes— leyó un discurso, reproducido, por cierto, en el volumen V de sus *Obras completas*. [N. de AC.]

político, Luis Manuel Rojas,¹⁶ lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano¹⁷ ha llamado: “El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana”.¹⁸

7o. Segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, esta vez en el Conservatorio Nacional, porque nuestras actividades se atreven ya a los teatros de Estado.

8o. En 1909, Antonio Caso da en la Escuela Preparatoria un curso de conferencias sobre la Filosofía Positivista, que acaba de definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales.¹⁹

9o. A fines de ese año, fundación del Ateneo de la Juventud,²⁰

¹⁶ Luis Manuel Rojas (1871-1949): político que en 1909 ingresó en las filas del maderismo. Cabe señalar que fue de los pocos diputados que no aceptaron las renunciaciones de Madero y Pino Suárez. Cuando estos dos últimos fueron asesinados, publicó su “Yo acuso a Mr. Henry Lane Wilson”, que años después profundizaría en varios libros sobre este bochornoso tema de la historia nacional. [N. de AC.]

¹⁷ Vicente Lombardo Toledano (1894-1968): político y sindicalista. En 1936 fundó la Universidad Obrera de México y en 1938 el periódico *El Popular*. En 1948 fundó el Partido Popular. Entre sus libros, destacan *El neonazismo. Sus características y peligros* (1960) y *La filosofía y el proletariado* (1962). [N. de AC.]

¹⁸ *Universidad Nacional*, diciembre, 1930. [N. de AR.]

¹⁹ Antonio Caso llevó a cabo sus conferencias en el salón “El Generalito”. El diario oficialista *El Imparcial*, en su número del 24 de junio de 1909, anunció el programa de esta manera: “*Conferencias del positivismo*. El Lic. Antonio Caso dará próximamente una serie de conferencias sobre ‘Historia del positivismo’ en la Escuela Nacional Preparatoria. Las conferencias serán siete y se verificarán los viernes de cada semana...” No obstante, el periódico sólo puso el título de seis de las siete conferencias. La primera tuvo lugar el 25 de junio y fue presidida por Justo Sierra. Véase José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, p. 60 y ss. [N. de AC.]

²⁰ El Ateneo de la Juventud se fundó el 28 de octubre de 1909. La agrupación fue iniciada por Antonio Caso y constituye —afirma Juan Hernández Luna— “el primer centro libre de cultura que nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la revolución del 20 de noviembre. Tiene, por tanto, fisonomía propia: es el asilo de una nueva era de pensamiento en México” (*Conferencias del Ateneo de la Juventud*, prólogo, notas y recopilación de apéndices de

cuya vida queda incorporada a la historia de nuestra literatura. Las sesiones públicas del Ateneo, en el salón de actos de la Escuela de Derecho, se suceden quincenalmente por varios años y dejan un surco duradero.

10o. 1910, el año del Centenario. En la misma Escuela de Derecho, abrimos una serie de conferencias, todas sobre asuntos americanos. Caso habla sobre el educador antillano Eugenio María de Hostos; Vasconcelos, de Gabino Barreda; Henríquez Ureña, de Rodó; González Peña, de Fernández Lizardi, “El Pensador Mexicano”; el español José Escofet —después director de *La Vanguardia*, de Barcelona— sobre Sor Juana Inés de la Cruz; yo traté sobre Manuel José Othón.²¹

Juan Hernández Luna, México, UNAM, 1962, p. 15). El Ateneo de la Juventud se reorganizó bajo el nombre de Ateneo de México el 25 de septiembre de 1912, ya presidido por José Vasconcelos. Su objetivo fue trabajar “en pro de la cultura intelectual y artística”. Fue el Ateneo de México el que dio pie a la creación de la Universidad Popular Mexicana (1912). El Ateneo de la Juventud contó con varios tipos de socios: “fundadores”, “activos” (los que, sin serlo al pie de la letra, poseen los mismos derechos y obligaciones que los “fundadores”), “concurrentes” (miembros que sólo podían concurrir a actos públicos o juntas extraordinarias mediante una invitación o aprobación, pero que tenían derecho a voto), “correspondientes” (los que residían fuera de la ciudad de México) y “honorarios” (designados por la mayoría de votos de los “activos”). [N. de AC.]

²¹ Para celebrar el primer Centenario de la Independencia, el Ateneo de la Juventud organizó una serie de seis conferencias que fueron pronunciadas en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia a las siete de la noche los lunes 8, 15, 22 y 29 de agosto y 5 y 12 de septiembre. El orden de las conferencias fue el siguiente: “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos”, por Antonio Caso; “Los poemas rústicos de Manuel José Othón”, por Alfonso Reyes; “La obra de José Enrique Rodó”, por Pedro Henríquez Ureña; “El *Pensador Mexicano* y su tiempo”, por Carlos González Peña; “Sor Juana Inés de la Cruz”, por José Escofet; y “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, por José Vasconcelos. Véase *Conferencias del Ateneo de la Juventud, op. cit.*, p. 29. [N. de AC.]

LA NUEVA UNIVERSIDAD

Ese mismo año [1910], Justo Sierra crea la Escuela de Altos Estudios y, agrupándola a las Profesionales, forma un cuadro semiautónomo que otra vez se atreve a llamarse Universidad, y que nada tiene de común con la antigua, la cual había entrado en agonía desde las reformas de Gabino Barreda.

La fundación de la nueva Universidad Nacional —apremiada por las fiestas del Centenario— acaso no fue preparada suficientemente en el orden administrativo. En rigor, lo que se fundó fue una junta coordinadora entre las diversas facultades ya existentes. Y la nueva Escuela, la de Altos Estudios, aunque contaba con dirección y local, comenzó a vivir en el papel. No ofrecía programa definido; no contaba con profesorado propio.

La Escuela de Altos Estudios no reveló al público los fines que iba a llenar. No presentó planes de enseñanza; no organizó carreras. Sólo actuaron en ella tres profesores extranjeros, dos de ellos (Baldwin y Boas) ilustres en la ciencia contemporánea, benemérito el otro (Reiche) en los anales de la botánica americana; se habló de la próxima llegada de otros no menos famosos... Sobrevino a poco la caída del antiguo régimen, y la Escuela, desdeñada por los gobiernos, huérfana de programa definido, comenzó a vivir vida azarosa y a ser víctima escogida de los ataques *del que no comprende*. En torno a ellas se

formaron leyendas: las enseñanzas eran abstrusas; la concurrencia, mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo.¹

Las anteriores palabras no acaban de ser escritas con fin intencionado. Fueron pronunciadas por Henríquez Ureña hace veinticinco años, en su discurso sobre *La Cultura de las Humanidades*.²

La Escuela de Altos Estudios debía servir asimismo de centro a los diversos institutos de investigación científica ya existentes. Los institutos nunca acudieron de buena gana al director de Altos Estudios. Los diputados, sin conocer la Escuela, decían que hablar de Altos Estudios en México (¡como si nunca antes los hubiera, sólo porque ellos los ignoraban!) era vestir de frac a un pueblo descalzo. Los fanáticos del antiguo positivismo, para quienes la sola palabra “Universidad” parecía una ofensa, explotaron esta irritabilidad demagógica y comenzaron a clamar contra una ins-

¹ Véase Pedro Henríquez Ureña, “La cultura de las humanidades”, *Obra crítica*, edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Speratti, prólogo de Jorge Luis Borges, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 595-596. Cabe destacar que el párrafo contenido en la referencia anterior concluye con estas palabras: “...no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo... Todo ello ¿para qué?” Henríquez Ureña expresa estas ideas después de citar un fragmento del discurso inaugural de la Universidad, de Justo Sierra, en el que este último expresa que no deben existir ni “torres de marfil, ni vida contemplativa”. [N. de AC.]

² Discurso que Pedro Henríquez Ureña pronunció en la inauguración de las clases del año 1914, en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México. Fue publicado en la *Revista Bimestre Cubana*. La Habana, vol. 9, núm. 4. Julio-agosto de 1914. Véase Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica, op. cit.*, pp. 595-603. Este discurso fue también reproducido en: Pedro Henríquez Ureña, *Estudios Mexicanos*, edición de José Luis Martínez, México, Lecturas Mexicanas, SEP/Fondo de Cultura Económica, pp. 249-259. [N. de AC.]

titución destinada a otorgar doctorados, porque esto crearía una casta de mandarines. ¡Como si no fueran títulos igualmente destinados a conferir una categoría de cultura los antiguos títulos de las carreras!

Solitario en medio a este torbellino de absurdo, el primer director, D. Porfirio Parra, no lograba, aun contando con el cariño y el respeto de la juventud, reunir en torno suyo esfuerzos ni entusiasmos. Representante de la tradición *comtista*, heredero principal de Barreda, le tocó morir aislado entre la bulliciosa actividad de la nueva generación enemiga del positivismo (P. H. U. *Loc. cit.*).³

Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución.⁴ En tanto, la campaña de cultura comienza a tener resultados. Insistamos, resumamos nuevamente sus conclusiones. La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro

³ Véase Pedro Henríquez Ureña: “La Cultura de las Humanidades”, *Obra crítica, op. cit.*, p. 596. [N. de AC.]

⁴ Al respecto de la fundación de la Universidad Nacional y de la época que esta vivió durante la contienda revolucionaria debe consultarse el texto de Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México / Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. [N. de AC.]

ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la Filosofía —precedidas por la caballería ligera del llamado antiintelectualismo— avanzaban resueltamente. Se había dado una primer sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas partes el sacudimiento político.

Aquella generación de jóvenes se educaba, como en Plutarco, entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, ha sobrenadado como ha podido; y poco después los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde la misma México— renovaban las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia

se disuelva, porque —alega— la conversación apenas comienza a ponerse interesante.⁵

Conviene saber que, para esa fecha, nuestras reuniones nocturnas del barrio de Santa María comenzaban a inquietar al gendarme. Lo que nos llenaba de orgullo, recordándonos a los poetas “lakistas”,⁶ que salían al campo para charlar a sus anchas, que se hacían por eso sospechosos, y de quienes dicen los testimonios policiales que sin duda se sabían vigilados, porque con frecuencia se les oía nombrar al “espía narigudo” (Spinoza, pronunciado a la inglesa). Los cuatro amigos pasábamos las noches de claro en claro, entregados a estudios y discusiones. Vasconcelos estaba francamente comprometido con los conspiradores. Entre burlas y veras, pedí a Vasconcelos que, cuando partiera a la revolución, me dejara en prenda su magnífica *Encyclopaedia Britannica* para, en su ausencia, disfrutarla. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con los volúmenes alineados sobre mi mesa: Vasconcelos había partido. E hice pasar la contraseña convenida entre los compañeros: “Mambrú se fue a la guerra”.⁷

⁵ Alfonso Reyes, *El suicida*, Madrid, 1917 y *Obras Completas*, III, p. 302. [N. de AR.]

⁶ Poetas del romanticismo inglés, entre los cuales destaca Shelley. Se les llamaba poetas “lakistas” porque preferían la naturaleza y el contacto con el campo y los lagos (“lakes” en inglés) a la incipiente ciudad industrializada. [N. de AC.]

⁷ Esta canción popular es la versión española de la original francesa “Malbrough se va en guerre” que fue compuesta durante la batalla de Malplaquet que enfrentó a Inglaterra y a Francia durante la guerra de sucesión española que tanto daño haría a los españoles. La canción llegó a España por influencia de los Borbones. Según Chateaubriand su origen es árabe. Se trata de una canción marcial y se acompaña con tambor. [N. de AC.]

LA SEGUNDA CAMPAÑA

Y aquí se abre la segunda campaña, en cuatro batallas principales:

1o. La ocupación de la Universidad. —Poco antes de la muerte del maestro Parra, Antonio Caso había presentado, en la nueva Escuela, con éxito ruidoso y lleno de augurios, su curso libre y gratuito sobre Filosofía. Justo Sierra, que con tanta lucidez comprendió la sed de nuestra mente, aludía, al inaugurar la Universidad, a la Filosofía: “aquella vaga figura de implorante —dice— que ronda en vano los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial”.¹ A Antonio Caso, que ya había iniciado la obra desde su curso de Sociología en la Escuela de Derecho, corresponde la honra de haber conducido otra vez a la Filosofía hasta la cátedra. Con él se inaugura también la costumbre de los cursos libres y gratuitos que nos permitiría posesionarnos de la Escuela de Altos Estudios, merced a la comprensiva acogida de los sucesivos directores, Pruneda y Chávez. En adelante, Caso domina el panorama intelectual de México, hasta el regreso de José Vasconcelos. El diálogo entre ambos, borradas ya las diferencias que nunca debieron existir y que tanto daño causaron a

¹ Dice textualmente Justo Sierra: “Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello”. Véase: Justo Sierra, “Inauguración de la Universidad Nacional”, *op. cit.*, p. 459. [N. de AC.]

la generación que nos sigue, será, con el tiempo, uno de los más hermosos capítulos de la cultura mexicana.

2o. La Universidad Popular.—² Entre tanto que ponemos sitio a la Universidad desde la Escuela de mayor jerarquía, no abandonamos nuestras libres labores. Con el tiempo, el Ateneo fue siendo menos exclusivamente literario, y su misma latitud le quitaba necesidad. De paso, la falange se había engrosado con elementos de otras esferas. El Doctor Pruneda³ —después Rector de la Universidad Nacional— está con nosotros; y nuestro aliado más eminente en el Gobierno fue entonces Alberto Pani.⁴ De los Estados Unidos ha regresado Martín Luis Guzmán⁵

² Institución extensionista dependiente del Ateneo de México. Nace con el propósito de “fomentar y desarrollar la cultura del pueblo mexicano, en especial la de los sindicatos obreros”. Tiene como sede el Teatro Díaz León, calle de los Aztecas. Inicia sus actividades el 13 de diciembre de 1912, mismas que perduran hasta aproximadamente 1922. Sus dos rectores fueron Alberto J. Pani y Alfonso Pruneda (Fernando Curiel D., *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 183). [N. de AC.]

³ Alfonso Pruneda (1879-1957): discípulo y adjunto de José Terrés. Dirigió la Escuela Nacional de Altos Estudios (1912-1913), fue también rector de la Universidad Popular Mexicana de 1913 a 1922 y rector de la Universidad Nacional de México de 1924 a 1928. [N. de AC.]

⁴ El ingeniero y político Alberto J. Pani (1878-1955) fue uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud y primer rector de la Universidad Popular Mexicana (1912). En 1913 se unió, en compañía de Martín Luis Guzmán, al movimiento constitucionalista. Desempeñó diversos cargos públicos. Sus dos libros más importantes son *Mi contribución al nuevo régimen. 1910-1933* (1936) y *Apuntes autobiográficos* (1951). [N. de AC.]

⁵ Martín Luis Guzmán (1887-1976): a finales de 1910 se une al Ateneo de la Juventud como socio correspondiente. Participó en la fundación de la Universidad Popular Mexicana, de la que fue secretario, cargo al que renuncia con la llegada al poder de Victoriano Huerta. Con Alberto J. Pani se une al movimiento constitucionalista. Participó también en la Convención de Aguascalientes. Posteriormente se exilia en Madrid, donde comparte un edificio con Alfonso Reyes y Jesús T. Acevedo. Allí publica su primer libro, *La querrela de México* (1915). Guzmán es

—mente clara, pluma de primera— que luego figurará en la política y en las letras, en México y en España, y cuyos relatos y memorias son un punto de partida, una base para la historia de los últimos lustros. Un secreto instinto nos dice que pasó la hora del Ateneo. El cambio operado a la caída del régimen nos permitía la acción en otros medios. El 13 de diciembre de 1912, fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término.⁶

autor de dos clásicos de la literatura mexicana: *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del Caudillo* (1929). [N. de AC.]

⁶ Poco después de la fundación de la Universidad Popular Mexicana, en 1913, se publicó un cuadernillo seguramente encomendado a Alfonso Reyes, *La Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores*, Imprenta I. Escalante, S.A. El contenido se divide en los siguientes puntos: “Misión y propósitos de la Universidad Popular Mexicana” (según Fernando Curiel, con toda seguridad de la autoría directa de Alfonso Reyes), “La primera Universidad Popular Mexicana” (aparecido también en *El Imparcial*, 21 de noviembre de 1912, p. 1), “Acta constitutiva de la Universidad Popular Mexicana”, “Fundación de la Universidad Popular Mexicana e historia de los trabajos hasta el 31 de enero de 1913”, “Sílabos de las Conferencias dadas hasta el día 28 de enero de 1913” y “La música y sus condiciones en México”. En esta obra, al parecer, afirma el propio Alfonso Reyes: “En sesión del Ateneo de México, celebrada el día 9 de octubre de 1912, al hacer el socio don José Vasconcelos la proposición de que se organizara una nueva serie

de conferencias [...], el socio don Pedro González Blanco manifestó que [...] esas conferencias debían ser populares, de modo que contribuyeran a difundir la cultura en clases sociales más numerosas [...] El socio don Pedro Henríquez Ureña manifestó que siempre había creído conveniente que el Ateneo emprendiese una labor de difusión de cultura más extensa que la realizada hasta ahora, y que precisamente esa noche llevaba la intención de proponer [...] se emprendiera una labor de *extensión universitaria*, toda vez que la proyectada por la Universidad Nacional [...] no había llegado a iniciarse siquiera [...]”. Citado por Fernando Curiel, *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 337-338.

Del citado cuadernillo (*La Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores*), transcribimos a continuación el primer punto, “Misión y propósitos de la Universidad Popular Mexicana”: “La escuela primaria no puede satisfacer las necesidades espirituales de ningún hombre actual. Para colmar este anhelo de mayor cultura, los privilegiados de la sociedad cuentan con escuelas superiores y profesionales. Mas los no privilegiados, que forman el pueblo, como tienen que atender de preferencia al diario sustento, no van a la escuela. Sí a la Universidad Popular: la escuela que ha abierto sus puertas y derramado por las calles a sus profesores para que vayan a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros de agrupación. La Universidad Popular y las escuelas superiores siguen, pues, aunque por caminos distintos, una misma tendencia. Como las escuelas superiores, la Universidad Popular se dirige más bien a los adultos —la escuela primaria se dirige a los niños—. Mas, en tanto que las escuelas superiores confieren títulos y grados, de médico, de ingeniero, de abogado, la Universidad Popular no confiere título alguno. Y las escuelas superiores tienen que confinarse dentro de cierto orden y aun de cierto número de enseñanzas relacionadas con una carrera particular, la Universidad Popular, en cambio, es más amplia y elástica, es como un Proteo de la enseñanza que puede adaptarse a todas las formas. Su numeroso profesorado, difundido por las ciudades, cumple su misión de un modo simultáneo, eficaz, día a día, y aprovechando, si fuere posible, todas las horas de descanso del pueblo, todos los instantes en que duermen el telar y el martillo. Porque es fuerza apresurarse: la verdad es grande y la vida es breve. Por manera que la Universidad Popular, en razón de su *multiformidad* misma, de su elasticidad y amplitud, es la más adecuada para responder a las necesidades del pueblo, para auscultar en todo momento su corazón y para someterle —según la clásica expresión— los *Remedios del alma*. No es, pues, la Universidad Popular una escuela técnica, sino que es, propiamente, la escuela para ciudadanos. Para ciudadanos, entendiéndolo bien: para hombres y mujeres plenamente útiles a la sociedad.

El Ateneo de México no cree en la *torre de marfil*: le interesan profundamente, y los comparte, el dolor que grita por la calle y la alegría que canta por la calle. Todos debemos ir a todos. En la antigüedad hubo un capitán —el per-

sa Datis—, cuyos soldados combatían asidos de la mano. Asidos de la mano, así nos quiere la República, y, sobre todo, asociados en las cosas de la inteligencia. La democracia, de que tanto se habla, no viene, efectivamente, de la clava de Hércules, sino de la cabeza de Atenea; la democracia se alcanza enseñando y aprendiendo, porque la libertad política, como todas las libertades, baja del espíritu. Por eso el Ateneo de México ha fundado la Universidad Popular Mexicana. En el escudo de ésta, que es un águila azteca, hay una leyenda que dice: *la Ciencia protege a la Patria*”.

Por otra parte, en su importante libro *Mi contribución al nuevo régimen, 1910-1933*, Alberto J. Pani se refiere a la Universidad Popular Mexicana en los siguientes términos: “De los comentarios a que dio lugar la lectura de mi estudio ‘La Instrucción Rudimentaria en la República’, en una de las sesiones del Ateneo de México, surgió la idea de promover entre los jóvenes intelectuales que formaban esa prestigiada agrupación de carácter literario, una benéfica labor de extensión universitaria.

Presentada la iniciativa, en septiembre de 1912, el Ateneo resolvió designarme en comisión —con el doctor don Alfonso Pruneda y don Martín Luis Guzmán— para redactar el programa respectivo. De acuerdo con el dictamen que produjo esta Comisión, fue fundada la Universidad Popular Mexicana, como una dependencia del Ateneo de México, habiéndose firmado su escritura constitutiva ante el Notario Público don Jesús Trillo, el 3 de diciembre del mismo año. Concurrieron conmigo a este acto los siguientes miembros del Ateneo: Arquitecto don Jesús F. [sic] Acevedo, licenciado don Antonio Caso, profesor don Jorge Enciso, licenciado don Pedro González Blanco, doctor don Enrique González Martínez, licenciado don Fernando González Rúa, profesor don Martín Luis Guzmán, profesor don Pedro Enríquez [sic] Ureña, profesora doña Alba Herrera y Ogazón, licenciado don Guillermo Novoa, doctor don Alfonso Pruneda, licenciado don Alfonso Reyes y licenciado don José Vasconcelos”. A continuación, Pani copia los estatutos de la nueva institución; el primero de ellos dice: “La Universidad Popular Mexicana se propone fomentar y desarrollar la cultura del pueblo de México y especialmente de los gremios obreros. Esta obra se llevará a cabo por medio de conferencias aisladas, cursos, lecturas comentadas, visitas a museos y galerías de arte, excursiones a lugares históricos, arqueológicos, artísticos o pintorescos y, en general, por los medios que parezcan más adecuados al fin que se persigue” (Alberto J. Pani, *Mi contribución al nuevo régimen, 1910-1933*, México, Editorial Cvltvra, 1936, pp. 118-120). Cabe también señalar que en esta Universidad quedaron prohibidos los temas políticos y religiosos y que fue allí donde se trató por primera vez públicamente el problema de la educación sexual (*op. cit.*, Pani, p. 124). El mérito de esta importante empresa cultural, que duró más o menos hasta 1922, se acrecienta si pensamos que fue una empresa filantrópica surgida de la iniciativa privada y no del gobierno. [N. de AC.]

El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de Justo Sierra: “La Ciencia protege a la Patria”.⁷

3o. La primera Facultad de Humanidades. —Entretanto, a pesar de que Pani ocupaba la Subsecretaría de Instrucción Pública, Caso la Secretaría de la Universidad Nacional y Pruneda la Dirección de la Escuela de Altos Estudios, esta escuela sólo acertaba a vivir disimulándose, y sólo se mantenía por el desprendimiento de los jóvenes. Al curso honorario de Caso, sigue el del matemático Sotero Prieto.⁸ Y aunque de repente acontece el golpe de Victoriano Huerta,⁹ la obra continúa. Accede a la dirección de Altos Estudios don Ezequiel Chávez, congrega valientemente a los jóvenes, y se crea una facultad de Humanidades enteramente gratuita para el público y para el Estado, donde por primera vez se oyen los nombres de estas asignaturas: Estéticas, por Caso; Ciencia de la Educación, por Chávez; Literatura Francesa, por González Martínez; Literatura Inglesa, por Henríquez Ureña; Lengua y Literatura Españolas, por Reyes. Otros maestros de autoridad y experiencia nos acompañan: el matemático don Valentín

⁷ Conocida es la insistencia de Justo Sierra en la importancia de la ciencia para el país. Así lo constata su “Apología de la ciencia” (discurso a los alumnos de la Preparatoria pronunciado el 8 de septiembre de 1877), pero también muchos otros discursos, donde compara la ciencia con la luz y el progreso. Véase Justo Sierra: *Obras completas*, V: Discursos, *op. cit.* [N. de AC.]

⁸ Sotero Prieto Rodríguez (1884-1935): matemático mexicano profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Nacional de Ingenieros y la Escuela Nacional de Altos Estudios, en las que se le consideró notable autoridad que influyó en el progreso de la enseñanza y aprendizaje de las matemáticas. Precursor de la Sociedad Matemática Mexicana. [N. de AC.]

⁹ Victoriano Huerta (Colotlán, Jal. 1854-El Paso, Tex. 1916): militar y político que ocupó la presidencia de México de 1913 a 1914 tras mandar asesinar a Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. [N. de AC.]

Gama, el filólogo Jesús Díaz de León,¹⁰ y también los arquitectos y críticos de arte Lazo¹¹ y Mariscal.¹² Otro joven, Mariano Silva,¹³ se encargó del Latín. Todavía era, como diría Vasconcelos en sus conferencias de Lima, “el latinista que por culto a la perfección apenas osa escribir”.¹⁴ Venía Silva de la provincia michoacana, cuna de tradiciones y de buena repostería; traía unos bigotes largos y

¹⁰ Jesús Díaz de León (1851-1919): médico, filólogo y helenista. Dirigió *El Instructor*. Fue profesor de la Universidad Popular Mexicana. Ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua. [N. de AC.]

¹¹ El arquitecto Carlos M. Lazo Pino (1871-1952) fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Escuela Nacional de Arquitectura (de la que fue director). Adquirió en Europa las reproducciones de obras grecolatinas que se encuentran en la Academia de San Carlos. [N. de AC.]

¹² Federico E. Mariscal (1881-1971): arquitecto y ensayista. Fue socio activo del Ateneo de la Juventud y profesor de la Universidad Popular Mexicana. Autor de *La patria y la arquitectura nacional, Nuestra arquitectura y Arquitectos célebres de México*. [N. de AC.]

¹³ Mariano Silva y Aceves (1887-1937): prestigiado latinista y filólogo, además de abogado, narrador y ensayista, fue uno de los cofundadores —al igual que Alfonso Reyes— del Ateneo de la Juventud (1909) y de su continuación, el Ateneo de México (1912), así como de la Universidad Popular Mexicana (1912). El texto de Silva y Aceves al que se refiere Alfonso Reyes es “Las rosas de Juan Diego”, perteneciente al libro *Arquilla de marfil* (1916). Véase Mariano Silva y Aceves, *Un reino lejano*. Narraciones / Crónica / Poemas. Estudio preliminar de Serge I. Zaitzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 265-266. [N. de AC.]

¹⁴ La conferencia de Vasconcelos a la que se refiere Alfonso Reyes —titulada “El movimiento intelectual contemporáneo de México”— fue leída en la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú, el día 26 de julio de 1916. Allí, entre otras cosas, Vasconcelos habla sobre los ateneístas en el siguiente orden: Alfonso Reyes, Antonio Caso, Henríquez Ureña, Julio Torri, González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín, Joaquín Méndez Rivas, Antonio Mediz Bolio, Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Jesús Acevedo, Martín Luis Guzmán, Manuel M. Ponce, Julián Carrillo, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel de la Parra y Mariano Silva y Aceves, “el latinista que por culto a la perfección apenas osa escribir, y como Federico Mariscal, devoto de los prodigios arquitectónicos de la Colonia, los cuales cataloga y estudia en libros admirables” (José Vasconcelos, “El movimiento intelectual contemporáneo de México”. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, *op. cit.*, pp. 117-134). [N. de AC.]

rubios y una cara de galo dulcificado por el cristianismo. Traducía a Prudencio. Poco a poco empezó sus escarceos personales con cierto *Entremés de las Esquilas*, en que dialogan figuradamente los bronces de la Catedral; y al fin se abrió un sitio en el cuento, el cuento nacional, (¡inolvidable su interpretación de Juan Diego, el del mito guadalupano!), donde el nombre mismo de México adquiere singular elegancia. Conmovía el ver concurrir juntos a aquellas cátedras a ancianos como Laura Méndez de Cuenca,¹⁵ delegado de otra edad poética, y a adolescentes de los últimos barcos, entre quienes se reclutaría años después la pléyade conocida por el nombre de los Siete Sabios.¹⁶ Allí aparecieron Antonio

¹⁵ Laura Méndez de Cuenca (1853-1928): escritora y profesora normalista. En San Francisco, California, editó la *Revista Hispano Americana*. Autora de la novela *Espejo de Amarilis* (1902), del libro de cuentos *Simplezas* (1910) y del *Tra-tado de economía doméstica* (1921). [N. de AC.]

¹⁶ Grupo integrado por siete jóvenes: Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea y Leyva, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Jesús Moreno Baca. Con su obra educativa, política y cultural, contribuyeron a la conformación de una ideología posrevolucionaria. El propósito del grupo fue formar una sociedad difusora de la cultura entre los estudiantes, para preservar las propuestas de su maestro Antonio Caso y continuar de algún modo la obra realizada por el Ateneo de la Juventud. La idea fue de Castro Leal y Vázquez del Mercado, quienes invitaron a cinco compañeros de la Escuela de Jurisprudencia a fundar la Sociedad de Conferencias y Conciertos. El acta constitutiva de esta sociedad se firmó el 5 de septiembre de 1916. El 11 de septiembre los siete jóvenes convocaron a una primera serie de conferencias dedicadas a tratar temas sociales: “¿Qué es el socialismo?”, “Posibilidades del socialismo en México”, “El concepto de justicia” y “Las instituciones democráticas modernas”. En esta primera serie de conferencias se presentaron diez sonatas para violín y piano de Beethoven. Con el tiempo, el humor estudiantil denominaría a estos jóvenes “Los Siete Sabios”. Para ahondar más en este grupo y en la llamada Generación de 1915, véase Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Ed., 1976, y también las *Memorias* de Daniel Cosío Villegas, México, Joaquín Mortiz/SEP, 1986 (“Lecturas Mexicanas”), pp. 49 y ss. [N. de AC.]

Castro Leal,¹⁷ Manuel Toussaint,¹⁸ Alberto Vázquez del Mercado¹⁹ y Xavier Icaza.²⁰ Pronto vendrían Lombardo Toledano y Gómez Morín,²¹ hoy en opuestos polos.²²

¹⁷ Antonio Castro Leal (1896-1981): ensayista, crítico y narrador. Destacan sus trabajos de investigación literaria como *Juan Ruiz de Alarcón: su caída y su obra* (1943), *La poesía mexicana moderna* (1953), *La novela de la Revolución Mexicana* (antología. 2 vols., 1958), *La estética en México* (1962) y *La novela del México colonial* (2 vols., 1964), entre otras obras. [N. de AC.]

¹⁸ Manuel Toussaint (1890-1955): historiador. Con Agustín Loera y Enrique González Martínez fundó en 1919 la Editorial México Moderno. Entre 1920 y 1921 fue secretario del rector de la Universidad Nacional, José Vasconcelos. Ocupó otros cargos públicos. Entre sus libros, cabe mencionar *Viajes alucinados. Rincones de España* (1921), *La pintura en México durante el siglo XVI* (1936), *Paseos coloniales* (1939), *Arte colonial* (1948), etc. [N. de AC.]

¹⁹ Alberto Vázquez del Mercado fue abogado y profesor de la Universidad Popular Mexicana. Daniel Cosío Villegas lo recuerda en estos términos: “se le tenía como hombre áspero; al mismo tiempo, como el más decidido. Alberto había echado raíces en la cultura antes que los demás, sobre todo en las letras, pues trabó amistad con Pedro Henríquez Ureña desde el Ateneo de la Juventud, siguió sus enseñanzas y más tarde preparó alguna de las ediciones de la casa ‘Cvltvra’. Cosa curiosa, sin embargo, es que antes también que los demás se dedicara a estudiar el derecho a fondo, de modo de llegar a ser todo un jurista. Asimismo, se metió antes que todos a la política y a la administración pública” (Daniel Cosío Villegas, *Memorias México*, Joaquín Mortiz/SEP, 1986 [“Lecturas Mexicanas”, p. 51]). [N. de AC.]

²⁰ Xavier Icaza (1892-1969): uno de los iniciadores de la llamada “literatura del petróleo”. Su novela más conocida es *Panchito Chapopote*, retablo tropical o relación de un extraordinario suceso de la heroica Veracruz (1928). Aunque la etapa propiamente de investigación religiosa de Xavier Icaza surgió a inicios de los años sesenta, con obras como *Los remedios* y *Corona de las tres divinas niñas* (ambas de 1963), ya desde antes había en este autor una profunda preocupación en este sentido, misma que se percibe sobre todo en su obra dramática *Retablo de Nuestra Señora de Guadalupe 1531-1931*, en doce jornadas (1931), a la que con toda seguridad se refiere Alfonso Reyes. Xavier Icaza —padre de Ana María Icaza de Xirau— fue amigo muy próximo de Alfonso Reyes y se han publicado cartas que documentan su correspondencia en Serge I. Zaitzeff, *Xavier Icaza y sus contemporáneos epistolares*, México, Universidad Veracruzana, 1995, 208 pp. [N. de AC.]

²¹ Manuel Gómez Morín (1897-1972): abogado que ocupó el cargo de rector de la UNAM de 1933 a 1936. En 1939 fundó el Partido Acción Nacional (PAN). Autor, entre otras obras, de *Ensayos* (1915) y *España fiel* (1928). [N. de AC.]

²² En efecto, el sindicalista y hombre de izquierda Lombardo no sólo fundó

40. Conferencias en la Librería de Gamoneda.—²³ Se acerca el periodo más violento de nuestras luchas. La actividad literaria comienza a ser una heroicidad. Los incansables amigos organizan todavía conferencias públicas. Acevedo diserta sobre arquitectura virreinal y abre derroteros a los colonialistas; Ponce,²⁴ sobre música popular mexicana, que estaba esperando su crítico; Gamboa²⁵ —hombre de otros tiempos, hombre ya sin tiempo— sobre la novela nacional; Urbina, el aliado de los jóvenes, sobre aspectos de nuestras letras, en que pone a contribución su reconcentrada

el Partido Popular en 1948 sino que ya antes había organizado la Confederación General de Obreros y Campesinos de México y la Confederación de Trabajadores de México. También fue fundador y presidente (1938-1963) de la Confederación de Trabajadores de América Latina. En cambio, Gómez Morín fundó y dirigió un partido eminentemente de derecha: el Partido Acción Nacional. [N. de AC.]

²³ El bibliotecario, librero e historiador asturiano Francisco Gamoneda (1873-1953) había emigrado a México en 1909. Alfonso Reyes se refiere a la Librería General, propiedad de Gamoneda, en la que se llevó a cabo un ciclo de conferencias entre noviembre de 1913 y enero de 1914. El programa fue el siguiente: 22 de noviembre, Luis G. Urbina: “La literatura mexicana”; 29 de noviembre, Antonio Caso: “La filosofía de la intuición”; 6 de diciembre, Pedro Henríquez Ureña: “Juan Ruiz de Alarcón”; 13 de diciembre, Manuel M. Ponce: “Música mexicana”; 20 de diciembre, R. P. Manuel Díaz Rayón: “El último libro de Maeterlinck”; 27 de diciembre, Gonzalo de Murga: “El Epicúreo”; 3 de enero, Federico Gamboa: “La novela mexicana”; 10 de enero, Leopoldo Escobar: “La tradición”, y 17 de enero, Jesús T. Acevedo: “Arquitectura colonial mexicana”. No está de más agregar que posteriormente, junto con Joaquín Ramírez Cabañas, Gamoneda fundó la Librería Biblos, que continuó la tradición de su antecesora. Allí tuvo lugar la primera exposición de dibujos y cuadros de José Clemente Orozco. Para profundizar más en la historia de estas librerías, véase Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la ciudad de México. Evocación y presencia*, México, UNAM/Plaza y Janés, 1995. [N. de AC.]

²⁴ Manuel M. Ponce (1882-1948): músico, compositor y ensayista. Miembro del Ateneo de la Juventud. Se le otorgó el Premio Nacional de Artes en 1947. [N. de AC.]

²⁵ Federico Gamboa (1864-1939): novelista, autor de la célebre novela *Santa* (1903). [N. de AC.]

índole mexicana; Pedro Henríquez Ureña establece entonces el mexicanismo de Ruiz de Alarcón, tesis llamada a larga fortuna; Caso trata de Bergson y la filosofía intuicionista. ¡Y esto, en qué momentos de desorientación y de luto! “Es un testimonio —me decía Bergson asombrado— no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden”. Parece increíble, en efecto, que en aquellos días aciagos, Castro Leal escribiera revistas teatrales en pro de la *Cándida*, de Bernard Shaw,²⁶ y que hubiera representaciones de Wilde;²⁷ que el Marqués de San Francisco²⁸ tuviera la calma de continuar sus investigaciones sobre la miniatura en México; o Torri aprovechara el fuego mismo del incendio para armar sus trascendentales castillos de artificio.

Vuelve la Revolución con Carranza, para vivir de convulsiones hasta el año de 1920. La generación sacrificada aún tiene fuerzas para sacar la revista *Nosotros*.²⁹ González Martínez reúne los miem-

²⁶ George Bernard Shaw publicó en 1932 una novela breve al estilo del *Cándido* de Voltaire, intitulada en inglés *The Adventures of the Black Girl in the Search for God*. [N. de AC.]

²⁷ Oscar Fingall O’Flahertie Willis, conocido como Oscar Wilde (1856-1900): dramaturgo, novelista, poeta y ensayista inglés. De entre sus obras destacan: *El retrato de Dorian Gray*, *La importancia de llamarse Ernesto*, *Salomé*. [N. de AC.]

²⁸ Seudónimo de Manuel Romero de Terreros (1880-1968), socio del Ateneo de la Juventud y del Ateneo de México. Fue un investigador dedicado sobre todo a la cultura y al arte virreinales. [N. de AC.]

²⁹ En el número 9 de la revista *Nosotros* dice AR: “Si no se puede aceptar con Matthew Arnold que los florecimientos poéticos sean, en el estricto sentido de la palabra, suscitados siempre por un eficiente trabajo de la crítica, se aceptará, al menos, que hay un modo de alternación entre unas y otras manifestaciones del pensamiento: que a las pléyades de poetas suceden los enjambres de críticos, y viceversa. La evolución de las letras mexicanas, desde la era del Modernismo hasta nuestros días, queda definida por esta fórmula: un ritmo, una sucesión casi prevista o previsible, quizá necesaria, entre los virtuosos del talento poético y los sedientos de una nueva atmósfera de ideas. Hay, en la generación que ahora ofi-

bros dispersos en su revista *Pegaso*.³⁰ Pablo Martínez del Río,³¹ en el número único de *La Nave*.³² La literatura continúa como puede en medio de las luchas civiles. En los peores años, de 1914 a 1916, la labor editorial de México es abrumadora y superior a cuanto habíamos conocido hasta entonces. Después vendrán la formidable obra educacional de Vasconcelos,³³ la excelente tarea organizadora de Genaro Estrada.³⁴ Aparecerán nuevos nombres:

cia, como tenía que ser, poetas verdaderos —pero sumergidos en la superior tendencia ideológica, quiéralo o no y así lo confiesen o lo nieguen. Reflejo, por otra parte, de lo que en todo el mundo sucede: no es hoy el día del cuento maravilloso ni del poeta excelso, no es el día de la invención, sino el de la crisis intelectual, el de la tormenta de los valores. Y el general desconcierto, en medio del naufragio crítico, como todas las aspiraciones vagas a la vez que intensas, busca alivio en la religión. ¿Lo hallará?... ...*‘Ai posteri / l’ardua sentenza...*” [N. de AC.]

³⁰ Revista literaria cuyo primer número apareció el 8 de marzo de 1917 y el último el 21 de junio del mismo año (en total, 15 números). Estuvo dirigida conjuntamente por Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde. Alfonso Reyes colaboró en *Pegaso* con dos textos: “‘Pegaso’ por tierras españolas” (carta dirigida a Enrique González Martínez) y “Los desaparecidos”. Véase la edición facsimilar de esta revista en la colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas del Fondo de Cultura Económica. México, 1979. [N. de AC.]

³¹ Pablo Martínez del Río (1892-1963): historiador y arqueólogo. Fue director de la revista *La nave* (1916), de la cual sólo se publicó un número. Dirigió el Instituto de Historia de la UNAM (1945-1949 y 1950-1953). Entre otros libros, publicó *Los orígenes americanos* (1936) y *Por la ventana de la prehistoria* (1939). [N. de AC.]

³² Revista financiada y dirigida por Pablo Martínez del Río. Se limitó a un solo número (mayo de 1916). De sus trece colaboradores con firma, hay algunos ex ateístas como Alfonso Cravioto, Enrique González Martínez, Mariano Silva y Aceves, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Julio Torri. Véase la edición facsimilar de esta revista en la colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas del Fondo de Cultura Económica. México, 1979. [N. de AC.]

³³ Para ahondar en la “formidable obra educacional de Vasconcelos”, véase el extenso libro de Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, México, UNAM, 1989. [N. de AC.]

³⁴ Genaro Estrada (1887-1937): escritor y político, autor de poesía (*Paso a nivel*, *Senderillos a ras*, etc.), narrativa (*Visionario de la Nueva España*, *Pero Galín*), crítica, etc. Alfonso Reyes tiene un poema dedicado a Estrada por sus *Senderillos*

Ramón López Velarde,³⁵ estrella fugaz en nuestro cielo poético. De Europa vuelve Diego Rivera, que es toda una época por sí solo. El país cobra conciencia de su carácter propio. Ya el año del Centenario está muy lejos. Ya se lo recuerda con trabajo. Tal vez se lo quisiera olvidar. Será imposible: entre sus vagidos y titubeos, abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo. A la hora del examen de conciencia —esa media noche del espíritu en que quisiéramos comenzar todo de nuevo— el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos.³⁶

México, septiembre de 1939

a ras, donde retoma o parafrasea algunos de sus versos. Véase el texto que Alfonso Reyes le dedica a este polifacético autor, reproducido en *Pasado inmediato* en OC. XII, pp. 175-181. [N. de AC.]

³⁵ Ramón López Velarde (1881-1921): célebre autor de los poemarios *La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919), creador de los poemas —ya clásicos de la literatura mexicana— “La suave patria” y “El retorno maléfico”. Fue también profesor de la Universidad Popular Mexicana. En 1907 se había unido a las contraprotuestas de quienes estaban a favor de la segunda época de la revista *Azul*, empresa de Manuel Caballero. [N. de AC.]

³⁶ Para la sesión conmemorativa del Primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en México el año de 1910. [N. de AR.]

Pasado inmediato

se terminó de imprimir en mayo de 2011
en los talleres de Tipografía, S.A. de C.V.,
Imagen 26, col. Lomas de San Ángel Inn.
01790 México, D.F.

Portada: Pablo Reyna León.

Composición tipográfica y formación

El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.

Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

Allá por el año 1940, quienes habían sido compañeros de Alfonso Reyes en el Congreso Nacional de Estudiantes de septiembre de 1910 le solicitaron que escribiera un texto sobre aquella reunión estudiantil. Reyes, quien había asistido a dicho congreso en calidad de representante de la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León, escribió un texto, titulado *Pasado inmediato*, que pronto se convirtió en uno de sus escritos más representativos. En él, Reyes retrató a su generación estudiantil, llamada generación “de 1910” o generación “del Centenario”, y escribió páginas admirables sobre la Escuela Nacional Preparatoria, Gabino Barreda, Justo Sierra y la creación de la Universidad Nacional.

Hoy, para celebrar el centenario de la fundación de la Universidad Nacional, que tuvo lugar en septiembre de 1910, El Colegio de México hace esta edición especial del célebre *Pasado inmediato*, escrito por su fundador y primer presidente, Alfonso Reyes, enriquecida con una esmerada y cuidadosa anotación de Adolfo Castañón, útil tanto para el neófito como para el lector avezado.

